

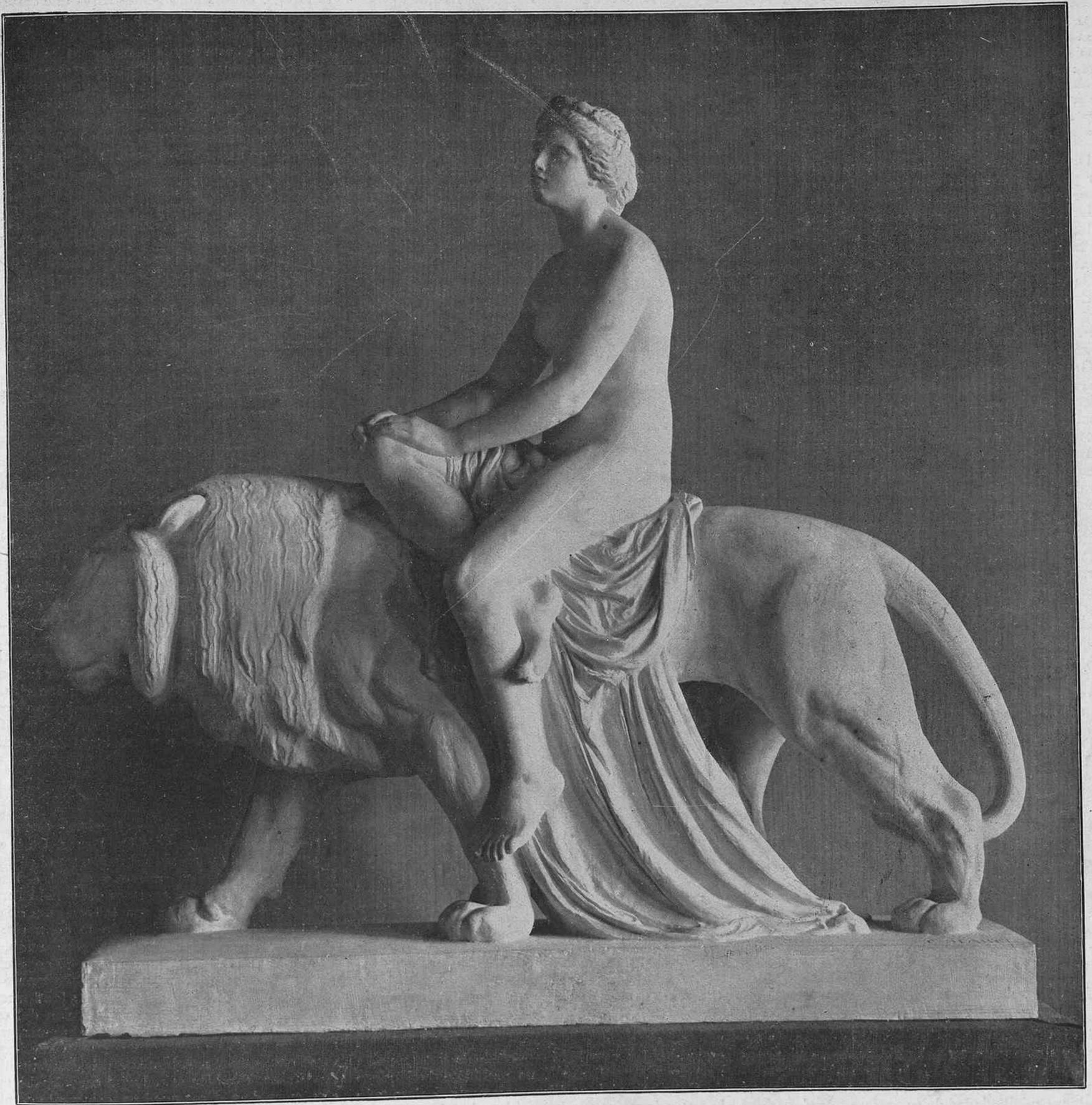
La Ilustración Artística



Año XXXI

BARCELONA 29 DE JULIO DE 1912

Núm. 1.596



POESÍA, escultura de Constantino Starck

SUMARIO

Texto.—*Revista hispanoamericana*, por R. Beltrán Rózpide. — *La felicidad*, cuento de José A. Luengo. — *D. Joaquín Luque Roselló*. — *Melilla. Sumisión de los Beni-Bu-Yahi*. — *Burgos. El centenario de la batalla de las Navas de Tolosa*. — *Masnou. Homenaje al primer marqués de Alella*. — *Enrique Poincaré*. — *Ahmed Mukhtar Bajá*. — *Matrimonio secreto* (novela ilustrada; continuación). — *S. M. el rey Don Alfonso XIII en Pamplona, en Gijón, en Oviedo y en Trubia*. — *El nuevo transatlántico «Infanta Isabel» de la flota Pinillos, Izquierdo y C.^a de Cádiz*.

Grabados.— *Poesía*, escultura de Constantino Starek. — Dibujo de Adrián Gual, ilustración al cuento *La felicidad*. — *Retrato de la señora condesa de Llar*, cuadro de Francisco Galofre Oller. — *Gente de manzanilla*, cuadro de Joaquín Luque Roselló. — *Playas holandesas* (lámina). — *Melilla. Moros y caldes Beni-Bu-Yahi. Los generales Aldave y Jordana. Vista del mercado*. — *Burgos. Procesión cívico-religiosa militar. Cruz de Alfonso VIII. Pendones árabe y cristiano llevados en las Navas*. — *En el balcón*, cuadro de Ruperto Bunny. — *Drama de mayo*, cuadro de G. Zezas. — *Masnou. Homenaje al primer marqués de Alella*. — *Enrique Poincaré*. — *Ahmed Mukhtar Bajá*. — *Bandeja de plata repujada, joya artística de principios del siglo XVII*. — *S. M. el rey D. Alfonso XIII en Pamplona, Gijón, Oviedo y Trubia* (nueve fotografías). — *El «Infanta Isabel» en los astilleros de C. Russell y C.^a, de Port Glasgow*.

REVISTA HISPANOAMERICANA

Cuba: los «independientes de color» y la guerra en la provincia oriental: los negros rebeldes, los negros leales y el hijo de Maceo: la ley Morúa: aspiración a la fraternidad de razas: las fuerzas norteamericanas en la isla: el elemento español en Santiago de Cuba: campaña contra los insurrectos y muerte de sus caudillos. — *República Dominicana:* otra revolución. — *Panamá:* las consecuencias probables de la terminación de las obras del canal.

Días de honda preocupación para el gobierno y los patriotas cubanos son los que vienen transcurriendo desde mediados del próximo mes de mayo. La sedición llamada *racista* ha producido gran inquietud y alarma en toda la isla y ha dado mayor realce a problemas ya planteados de política interior y exterior que tienen capital y decisiva importancia en la vida y porvenir de la República.

Estamos, pues, en uno de los períodos más interesantes de la historia contemporánea de Cuba y bien merece que le dediquemos la mayor parte de esta *Revista*.

Grupos más o menos numerosos de individuos de raza negra, que aspiraban a constituir un partido político, con el nombre de «independientes de color», se alzaron en armas pidiendo la abolición de la ley Morúa, que les prohibió realizar su propósito. Levantáronse partidas insurrectas en varias provincias, y aunque pronto fueron sometidos los rebeldes en las de Santa Clara y Habana, tomaron gran incremento las de la provincia de Oriente o Santiago de Cuba donde acaudillaban el movimiento revolucionario los generales Ivonnet y Estenoz.

El gobierno se apresuró a enviar tropas e hizo repartir armamento y municiones a los dueños de ingenios y otras fincas y a las fuerzas de voluntarios que empezaron a organizarse. Por el pronto estas medidas resultaron ineficaces, corrían peligro las propiedades y la seguridad personal de los extranjeros, entre ellos los yanquis, y el gobierno de Washington dispuso el envío a Guantánamo de dos barcos de guerra, con fuerzas de desembarco, que habían de unirse a los que ya se hallaban en aquella estación naval.

Declaraba el ministro de los Estados Unidos en la Habana que el objeto de su gobierno era sólo proteger los intereses norteamericanos y auxiliar al gobierno de Cuba en la campaña contra los rebeldes. La administración norteamericana tenía firme propósito de respetar la soberanía de la nación cubana y condenaba enérgicamente el movimiento cuya radical extinción habría de asegurar la estabilidad de la República como pueblo libre y civilizado.

El 22 de mayo el presidente de la República de Cuba dirigió al pueblo un manifiesto expresando su resolución de no omitir esfuerzo alguno para dominar este movimiento liberticida y criminal, que el país rechazaba con horror, porque venía a un mismo tiempo a romper la noble tradición de igualdad y fraternidad de las grandes revoluciones del país, en cuyos principios y fines estuvieron siempre identificadas las dos razas constitutivas de la población cubana, y a comprometer peligrosamente los gloriosos destinos a que está llamada la patria por sus antecedentes históricos, por sus ventajas geográficas, por los dones privilegiados de su suelo y por el espíritu progresivo de sus ciudadanos. Había, pues, que esgrimir de un modo inflexible las armas de la ley para salvar la causa del derecho, de la paz, de la propiedad y de la civilización, es decir, para salvar la causa de la nacionalidad cubana.

El general Monteagudo, con fuerzas militares de todas armas, dirigió la campaña contra los rebeldes. Mas no se crea que los soldados de Monteagudo eran los blancos que iban a combatir contra los negros y mulatos de Estenoz y de Ivonnet. Entre los soldados de la República había ya muchos hombres de color. No es esta guerra una verdadera guerra de razas y no hay motivo para calificarla de revolución *racista*. Elisardo Maceo, el hijo del célebre caudillo de color de la independencia nacional, sirve a las órdenes de Monteagudo; pide al gobierno que castigue con mano dura e inflexible a los que tratan de dividir a la familia cubana en dos condiciones étnicas, y hace un llamamiento a todos los hombres de color de su provincia natal para que se abstengan de secundar «la labor infame y miserable de Estenoz e Ivonnet». Los diputados pertenecientes a la raza de color visitan al presidente de la República, le ofrecen su concurso para someter a los rebeldes y solicitan que en los partes oficiales de la guerra no se hable del «alzamiento de los negros», porque es muy escaso el tanto por ciento de éstos que secundan el movimiento.

Ese mal llamado «partido independiente de color» — escribe un periodista negro — provoca no sólo la protesta de los hombres blancos, sino una protesta enérgica y viril del elemento de color sensato y juicioso que ve en esta rebeldía la pérdida completa de la estimación, el respeto y la confraternidad que debe existir entre blancos y negros, ya que juntos lucharon por conquistar una patria libre, ya que sin esa unión es imposible sostener sobre bases sólidas la República cubana.

En suma, la inmensa mayoría de los hombres de color protestan contra el movimiento disociador y antipatriótico que acaudillan Ivonnet y Estenoz. A este mismo se atribuye la frase de que «una guerra de razas sería un desatino, una locura imperdonable». Entonces, se preguntará, ¿por qué se lanzó al campo capitaneando a los negros que quieren formar *partido de color*? La respuesta la da uno de los manifiestos de la Junta revolucionaria. «Nuestra guerra, dice, no es de raza, no, mil veces no; nuestra guerra es exclusivamente de derecho.» ¿Y cuál es el derecho para estas gentes? «La justa y proporcional participación que nos corresponde en la administración de nuestro país.» Es decir, tomar parte en el botín del presupuesto.

La misma ley Morúa, que sirve de pretexto a los rebeldes, es una prueba más de la tendencia a reforzar los sentimientos de fraternidad entre blancos y negros. La constitución de la República de Cuba no reconoce fueros ni privilegios personales ni de raza; los descendientes de los africanos que fueron esclavos en Cuba son ciudadanos cubanos; en el gobierno del pueblo por el pueblo no hay distinciones por motivos de raza, nacimiento, riqueza o título profesional, y por consiguiente sería contraria a la constitución y a la práctica del régimen republicano la existencia de agrupaciones o partidos políticos exclusivos por cualquiera de aquellos motivos. Este es el fundamento de la ley citada, por virtud de la cual «no se considerará, en ningún caso, como partido político o grupo independiente, a ninguna asociación constituida exclusivamente por individuos de una sola raza o color, ni por individuos de una clase con motivo del nacimiento, la riqueza o el título profesional».

No puede ni debe haber partidos políticos sólo de negros o sólo de blancos. Ni el blanco puede excluir de sus grupos o partidos al negro, ni el negro al blanco. Hay que ir a la intimidad y fusión de razas en todo y para todo.

Durante el mes de mayo los negros rebeldes causaron grandes daños en la provincia oriental, y muy especialmente en la zona minera de Baiquirí, a cuyo litoral tuvo que ir un cañonero yanqui. El 31 de dicho mes el presidente de la República, en Mensaje al Congreso, daba cuenta del desembarco de fuerzas norteamericanas en Guantánamo. Así lo habían pedido algunos cubanos de la Cámara de Comercio de Santiago de Cuba, y aun hubo quien propuso que la petición se hiciera directamente al gobierno de Washington. No estará de más consignar que en la reunión que al efecto tuvo la citada Cámara se alzó la voz de un comerciante español, el Sr. Camp, para solicitar que constara en acta que no eran los españoles los que habían pedido la intervención norteamericana. Por esto, un periódico de Santiago de Cuba, *El Cubano libre*, reconoce y declara todo lo que vale y significa «el noble e hidalgo proceder de los elementos españoles que en la Cámara de Comercio supieron identificarse con el alma nacional cubana, y cooperar con energía y entusiasmo al sostenimiento de la fuerza moral y material del gobierno de la República y al esplendor de la digni-

dad de nuestro pueblo a las miradas del mundo entero».

El gobierno yanqui insistía una y otra vez en declarar que el movimiento de las fuerzas navales norteamericanas no tenía finalidad política ninguna, y que trataba sólo de proteger a los extranjeros, cuyas propiedades quedaban defendidas por la infantería de Marina que había desembarcado, con lo que Monteagudo podría emplear todas sus fuerzas en combatir a los sublevados. No obstante, la presencia de los soldados yanquis causaba profundo disgusto en el país, y la desconfianza y los temores aumentaban con las noticias que de vez en cuando hacían circular los pesimistas, suponiendo que el gobierno de los Estados Unidos había resuelto tomar a su cargo la pacificación de la isla, enviando de nuevo a ella al general Wood. Nada de esto ha sucedido, entre otras razones, y la más poderosa, porque a la gran república norteamericana no le conviene, por ahora, volver al régimen del gobierno provisional en Cuba y mucho menos anexionarse la isla.

En tanto, el gobierno cubano cumplía su amenaza de abrir dura campaña contra los insurrectos, la mayor parte forajidos a quienes nada importa la raza ni la patria. Para ellos la revolución es el saqueo y la rapiña. Contra tales gentes había que emprender guerra de exterminio; el 6 de junio se decretó la suspensión de las garantías constitucionales, y desde entonces hasta hoy la persecución ha sido continua. Las partidas vencidas y dispersas volvían a reunirse, prolongando así la resistencia; pero fueron cayendo muertos o prisioneros varios cabecillas, y muchos rebeldes se presentaban acogiéndose a los indultos concedidos por el general Monteagudo a pesar de no haber sido aprobada la ley de amnistía que se presentó al Congreso y que el pueblo calificaba de «ley del miedo».

Pero lo cierto es que combinando el valor con el miedo o... la prudencia, según las circunstancias, la guerra o el bandolerismo negro toca a su fin. El general Estenoz cayó muerto en sangriento combate, y la misma suerte ha cabido a su compañero Ivonnet, que pudo sostenerse algunos días más oculto en lo más intrincado de la manigua. Se dice que han contribuido a la desorganización y derrota de los insurrectos las hábiles gestiones de emisarios del gobierno que, dando relativa satisfacción al *derecho* de aquéllos a participar del presupuesto, consiguieron atraerse la buena voluntad de algunos cabecillas o caudillos negros.

* *

En estos asuntos de historia contemporánea de las repúblicas americanas forzoso es modificar juicios o impresiones en el transcurso de unos cuantos días. Hace un mes todo estaba en calma en Santo Domingo y había motivo para hablar de la paz y tranquilidad que disfrutaba el país. Ahora el telégrafo nos trae la noticia de nueva revolución en la que parece que toman parte activa los adversarios de la influencia yanqui, mejor dicho, los políticos a quienes ésta ha cerrado el camino del poder.

Hay también conflicto diplomático porque el cónsul de Alemania ha sido expulsado por suponer el gobierno que favorecía a los revolucionarios. Los yanquis aprueban el proceder del gobierno dominicano. Otra vez se encuentran, pues, frente a frente en América intereses o aspiraciones de alemanes y yanquis.

* *

En Panamá las recientes elecciones han dado el triunfo a los partidarios del Dr. Porras. De la situación y probable porvenir del país trata el cónsul de España en sus últimos informes oficiales. Pudiera creerse que la próxima apertura del canal habría de animar a los panameños con la esperanza de grandes prosperidades. Sucede todo lo contrario: hay mucha incertidumbre y honda preocupación, porque se trata de un país que carece de condiciones propias de vida, y que hasta ahora la ha tenido ficticia, extraña, venida de afuera, gracias a la afluencia de obreros y capitales para la construcción del canal. Terminadas las obras, desaparecerá el numeroso personal empleado en ellas, que por sueldos y jornales viene cobrando al mes bastante más de dos millones de dólares. También se reducirá considerablemente el número de viajeros que hoy, esperando combinación de vapor, permanecen varios días en Panamá y en Colón.

La crisis ya está iniciada: el comercio disminuye y entre los hombres de negocios hay un gran pesimismo.

R. BELTRÁN RÓZPIDE.

LA FELICIDAD, POR JOSÉ A. LUENGO, dibujo de Adrián Gual



Un mago de lengua y blanca barba presentóse a su vista

El tío Matías era un buen anciano que gozaba de una vida tranquila e independiente, sin otros cuidados que los de cultivar su jardín y los de administrar una fortuna modesta y saneada.

Al cabo de sus años, que no eran escasos, dió en el peregrino pensamiento de echar de menos la felicidad, una felicidad rara y extravagante, la felicidad de ser rey y ver cómo todos temían el fruncimiento de sus cejas; la felicidad de ser sabio y contemplar a la humanidad pendiente de sus palabras. Consideraba los días de su existencia y le parecían vacuos y sin objeto. Lo mismo que los lagartos, que anidaban en las grietas de las tapias, habíase limitado a admirar el sol en los días claros y a execrar los nublados pertinaces del invierno, a comer, a vagar indiferentemente de uno en otro sitio, a dormir y a tornar a levantarse para emprender la misma monótona tarea.

¿Dónde había estado la felicidad?..

Cierta día el anciano soltó el azadón con el que removía las tierras rojizas, casi sangrientas, de su jardín, y sentándose en un musgoso ribazo cara al sol, púsose a pensar en lo que constituía la obsesión de sus ideas.

Cantaban en torno suyo los jilgueros y las alondras; murmuraba el agua por las angostas regueras y, bajo la fresca penumbra de los árboles que lucían el esmeraldino ropaje de la nueva primavera, las rosas de mayo esparcían al aire mansurrón y apacible sus perfumes exquisitos.

El tío Matías acertó a dormirse plácidamente; pero antes de cerrar los ojos musitó, como si fuera un talismán, la mágica palabra:

—¡Felicidad! ¡Felicidad!..

Tuvo entonces un sueño prodigioso... Un mago de lengua y blanca barba—pues está demostrado que los magos nunca gastaron barba negra,—presentóse a su vista, y después de preguntarle si quería ser rey, lo trasladó repentinamente a un palacio de recias piedras y de ricos mármoles construído.

Colgó sobre sus hombros un manto de escarlata, puso a su costado una espada de ancha taza y áureos gavilanes, dióle cetro y corona y lo sentó en un trono de amaranto, bajo un dosel de pliegues carmesíes. Allí le prestó homenaje toda la corte, y concluída esta ceremonia, como llegara la hora del yantar, lleváronle a un suntuoso comedor, donde todos los utensilios del servicio de mesa eran de una riqueza prodigiosa. El mago, que no se apartaba de su lado, le dijo:

—¡Come!..

Encontrábase junto a la mesa un hermoso y fino galgo, de mirada pacífica y de piel blanca y dorada. El tío Matías, sintiendo sobre un muslo la presión del hocico del animal, dióle una tajada aun antes de probarla él mismo. Apenas la engulló el galgo, cuando comenzó a temblar convulsivamente, sus ojos se dilataron y se pusieron vidriosos, tamaleóse como

si estuviera ebrio y, caído, rebotó sobre el marmóreo pavimento dando quejumbrosos aullidos, hasta que, al fin, murió...

Levantóse el tío Matías boquiabierto de pasmo.

—¿Qué significa esto?, preguntó al mago.

—Significa, le contestó, que la comida está envenenada... Hay un pretendiente al trono que, naturalmente, tiene muchísimo interés en que desaparezcas ..

—¡Caramba!.., murmuró el tío Matías.

Y como con este incidente su apetito se había extinguido y ya la noche había dejado caer sobre la tierra su tenebroso manto, hízose guiar a su lecho, el cual era una maravilla, pues estaba lleno de púrpuras, encajes y tisúes que asombraban los ojos con su aspecto.

Antes de meterse entre las finas holandas acodóse en uno de los dos ventanales que tenía la estancia. Éstos daban a un jardín. Los árboles confundían sus follajes formando con ellos una sola mancha negruzca que, impelida suavemente por una ligera brisa, oscilaba lentamente con un murmurio de vaguedad y de ensueño; en medio de unos erguídos cipreses veíase, o más bien se adivinaba, un estanque de sosegadas aguas, junto a las cuales una tribu de ranas entonaban con su isócrono erogar un canto de alabanza a la apacibilidad del ambiente; parlaba un surtidor a un sauce vecino contándole historias galantes y palaciegas, y en lo alto difundían las estrellas cierta claridad vaga y tenue. Iba el tío Matías a dejar el ventanal, cuando vió que un individuo saltaba sigilosamente de un árbol al otro ventanal de la estancia. Amedrentado se escondió el flamante monarca entre unos recios cortinones. El nocturno visitante avanzó cautelosamente hacia el lecho y, de pronto, se arrojó sobre él como una fiera, puñal en mano y rugido en la boca abierta con una mueca de odio.

El tío Matías cogió convulsivamente al mago de la hopalanda y le dijo:

—¡Sácame, sácame en seguida de aquí!..

—Pero ¿no quieres ser rey?

—Quiero ser feliz y aquí no lo soy... Llévame al reino de enfrente...

—Allí ruge la anarquía... El pueblo comienza a escalar lleno de rabia los peldaños del trono.

—¡Llévame al de atrás!..

—En él hay una banda de hombres funestos que tienen sus febriles ojos clavados en la corona, mientras en sus manos humea la mecha fatídica de las bombas luciendo como la pupila del tigre en las tinieblas...

—¡Ah! Los anarquistas... Entonces, amigo mío, yo no quiero ser rey... La felicidad no mora en los regios alcázares y la espada de Damocles pende sobre las testas coronadas... Quisiera ser sabio... No me parece mal oficio el de alcanzar la verdad en la naturaleza, en los libros, en los hombres y en todas partes...

Apenas había pronunciado estas palabras, cuando ya la ciencia infusa penetró en su cerebro como una

avalancha incontrastable. Vefase admirado por todo el mundo de tal modo, que de largas tierras venían a conversar con él los magnates nada más que por el gusto de escuchar las sentencias profundas que a raudales caían de su boca.

Pero el tío Matías, a medida que estudiaba más, veía que la verdad no aparecía por ninguna parte, y este conocimiento tan triste y tan desconsolador amargaba sus días y sus noches y ahuyentaba la felicidad de sus lares. Además, con la comprensión exacta de los hombres, vínole la de sus pasiones y ruindades, y los rostros rientes lo mismo que los amargados por el dolor, presentábansele como más-caras abominables. Así es que un día, en su laboratorio, departiendo con el mago, le dijo:

—He decidido renunciar a la sabiduría, porque tampoco hallo en ella la felicidad.

—El más sabio de los hombres, Salomón, escribió: «Quien añade ciencia, añade dolor»...

—Y a fe que escribió bien.

—Y ahora, ¿qué quieres ser?

—Nada... Nos dedicaremos al vagabundeo a ver si la casualidad nos lleva adonde toda la ciencia y todo el poder no consiguieron llevarnos. En la vida ha de fiarse algo a la casualidad. Lo contrario es hacer de la existencia un teorema, y las matemáticas de por sí son tristes y áridas...

Diciendo estas y otras cosas comenzaron a caminar sin rumbo fijo, pero con una velocidad pasmosa; porque las cosas en sueños están, como es sabido, fuera de lo vulgar y corriente. Iban envueltos en la nube de polvo que levantaban sus pies. Recorrieron selvas vírgenes, donde los colibríes volaban como flores aladas; donde los monos corrían por los árboles con extraña algarabía; donde, mientras el ciervo bebía en un arroyo, los ojos del jaguar, acechándole, taladraban la maleza; donde la boa enroscada a un tronco enhiestaba la triangular cabeza esperando el paso de los búfalos... Atravesaron el desierto de arenas calcinadas y vieron cómo una caravana avanzaba penosamente. Parecía un hormiguero. De pronto sopló el simún; la arena se alzó en olas rojizas y cegadoras; estas olas se precipitaron sobre la caravana, pasaron, huyeron desierto adentro, y ya la caravana desapareció para siempre como una sombra. El sol, indiferente, se aplanaba a manera de sábana de fuego sobre el escueto paisaje.

Al fin, después de muchas correrías, que necesitarían un voluminoso libro para ser descritas, llegaron a un rincón de tierra parda que era una llanura uniforme sembrada de trigo y salpicada de verdegueantes vides y de grises olivos. Había en su centro un pueblo pequeño con las casas blancas. En medio de ellas veíase la gigantesca mole de la iglesia parroquial, cuya torre se erguía al cielo como un índice titanesco.

El tío Matías, acompañado del mago, comenzó a deambular por el pueblecillo.

—¡Caramba! ¡De qué calma se disfruta aquí!..

Las calles estaban casi desiertas. Solamente algunos chiquillos jugueteaban en las esquinas. Entre

los guijarros crecía la hierba y entre la hierba, verdes como ella, corrían alegres y alocadas lagartijas. De algunas ventanas salía perfume de claveles y alelíes, y de vez en cuando se oía la voz riente, perlada y alegre de una jovencuela que cantaba coplas de amores.

—¡Qué sosegadamente se vive aquí!.., agregó el tío Matías.

En una terrosa tapia hallaron abierta una carcomida y blanzuca puerta. Traspusieronla y se encontraron en un jardín, donde toda amenidad tenía su natural asiento, donde las rosas se abrían como ojos milagrosos, donde las acacias mostraban sus bienolientes racimos de blancas florecillas y donde hasta las margaritas crecían a millares en íntimo maridaje con las violetas de aroma penetrante.

El tío Matías se sentó sobre el húmedo tapiz de césped, y después de lanzar un suspiro de satisfacción, exclamó con tono decidido dirigiéndose al mago que continuaba de pie junto a él:

—Amigo mío, durante nuestros pasados viajes he adquirido la convicción de que no vale correr en pos de la felicidad para encontrarla. La felicidad es como una deidad por todo extremo hermosa que busca los lugares esquivos y los apartados senderos; que evita a los que la solicitan con palacios y púrpuras y acude acaso a los que tienen por hogar al sol, por lecho la tierra y por regodeo del apetito un mendrugo duro y reseco; que no se deja conquistar por perseguida y que improvisamente se presenta a los que la esperan en la paz de los días honrados...

—¿Todo eso quiere decir que te quedas aquí a esperarla?..

—Sí, aquí la aguardaré...

Entonces el mago se dispó como si fuera una quebradiza columnilla de humo.

El tío Matías abrió los ojos y... se encontró en su propio jardín...

Como antes de dormirse, cantaban en torno suyo los jilgueros y las alondras, murmuraba el agua por las angostas regueras y, bajo la fresca penumbra de los árboles que lucían el esmeraldino ropaje de la nueva primavera, las rosas de mayo esparcían al aire mansurrón y apacible sus perfumes exquisitos...

El buen anciano, sin dar muestras de asombro, musitó lentamente:

—¡Aguarde cada uno la felicidad en su hogar!

Y levantándose y cogiendo el lustroso mango del azadón, dijo como el sabio Panyloss:

—Y mientras llega, cultivemos nuestro jardín...

DON JOAQUÍN LUQUE ROSELLÓ

Hará como dos años llegó a esta capital, con el intento de radicarse en ella, el laureado pintor español Luque Roselló.



Retrato de la señora condesa de Llar, pintado por Francisco Galofre Oller (Exposición Nacional de Bellas Artes. Madrid, 1912)

Aunque venía precedido de la fama que le conquistaran los cuadros que figuran en los Museos de Berlín—Medalla de oro; adquirido por aquel gobierno—de Montserrat (de Roma)

y de San Sebastián, organizó su estudio y en él se puso a trabajar con ahínco, fiando su triunfo más que al aplauso, no siempre sincero, de la crítica incipiente, al positivo valer de sus creaciones artísticas.

Alejado, pues, del mundanal bullicio, y a la par que iba pintando manchitas que los inteligentes le arrebatan de las manos, concibió su cuadro natural—3 x 4 metros—«Gente de manzanilla» valiente creación pictórica, suficiente para sellar en la Argentina la fama de que llegaba rodeado nuestro paisano. Se expuso el cuadro en uno de los salones del Congreso, y tan favorable le fué el juicio de la prensa, y tales elogios alcanzó de los entendidos, que el gobierno resolvió adquirir el lienzo con destino al Museo Nacional de Bellas Artes.

Roto ya el hielo, la paleta de Roselló—así se le llama—no ha tenido descanso, pintando enseguida los retratos del general Mitre—que adquirió el Museo de su nombre,—los de los doctores José Ayerza, Agorte y Herrera Vegas y de la señora de Cárcano, personas todas que figuran en primera línea en las filas de la aristocracia bonaerense.

El gobierno ha premiado la artística labor del pintor peninsular, confiándole una cátedra en la Escuela de Bellas Artes y dos en el histórico Colegio Nacional.

Por su parte el Congreso le transmitió el encargo de llevar al lienzo, en cuadro mural, «El primer Congreso», que como se sabe se celebró en Tucumán en 1816, y la Academia de Medicina de esta capital le ha encomendado otros dos cuadros de grandes dimensiones: «Fundación de la Escuela de Medicina» y «La primera aplicación del suero de Roux, contra la difteria». Por cierto que, como ya he tenido ocasión de decirlo en público, el alma de aquella fundación fué un paisano nuestro, un catalán, D. Cosme Argerich. Éste, Gormán y Fabrè echaron los cimientos de lo que es hoy la Facultad de Medicina de Buenos Aires, una de las mejores del mundo, por la suntuosidad de sus edificios, por sus útiles y aparatos y por la seriedad y competencia de sus profesores.

Ancho camino se ha abierto, como se ve, nuestro compatriota, sin apelar a rebuscados aplausos que su modestia rechaza; y como es joven aún y pinta con entusiasmo y con cariño, todo induce a creer que irá produciendo para gloria del arte y de la tierra que lo vio nacer.

Luque Roselló es malagueño y aun cuando en Roma ha vivido muchos años, y ha sido amigo y compañero de Villegas, de Padilla, de Palmaroli, etc., tiene personalidad propia. Su escuela es la andaluza, modificada por la admiración que siente por los grandes maestros flamencos e italianos. Mucha luz, mucho ambiente, mucho contraste de colorido, y mucho movimiento en las figuras, puede observarse en todas sus obras, y especialmente en la que me ha sido dado contemplar «Gente de manzanilla». Enamorado del campo, más gusta de sus bellezas que de las del mar, y amigo del color, y andaluz por añadidura, el traje del torero le sonríe, porque se presta a los contrastes de colorido que tanto le atraen; y artista-poeta su imaginación ha dado vida a varias situaciones que, como la titulada «Celos», son verdaderos poemas.

No me pesa que la casualidad me llevara al estudio que le ha organizado a sus expensas la Facultad de Medicina de Buenos Aires, pues, me ha sido dado conocer al hombre y admirar sus obras. Y una vez más, repito lo ya dicho, o sea que el gusto artístico se va depurando en la Argentina, y que en este país, de amplias miras, se hace justicia al valer de nuestros paisanos.

Buenos Aires, junio 1912.

R. MONNER SANS.



Gente de manzanilla, cuadro de J. Luque Roselló, adquirido por el gobierno argentino con destino al Museo Nacional de Bellas Artes

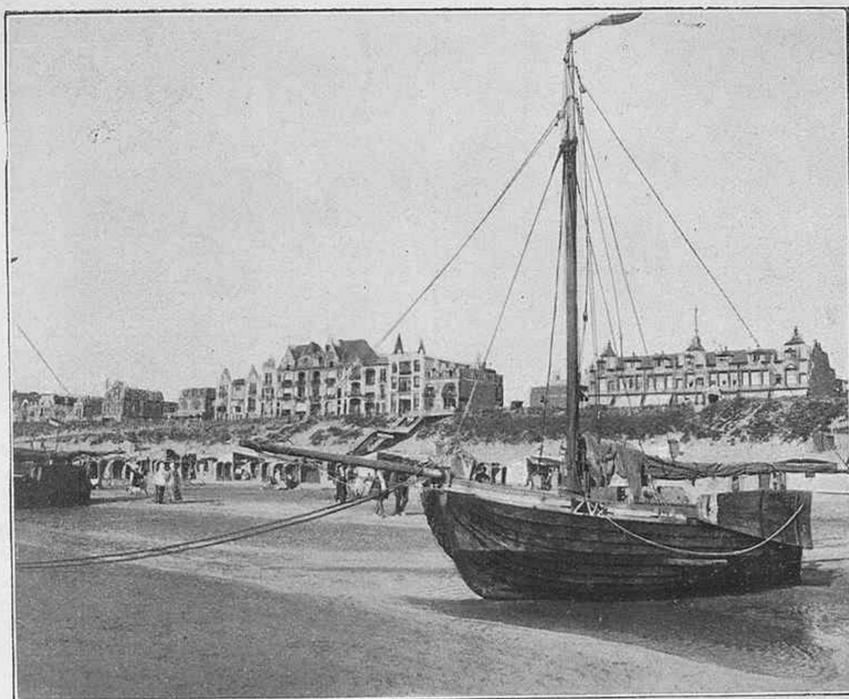
PLAYAS HOLANDESAS. (Fotografías enviadas por Carlos Trampus)



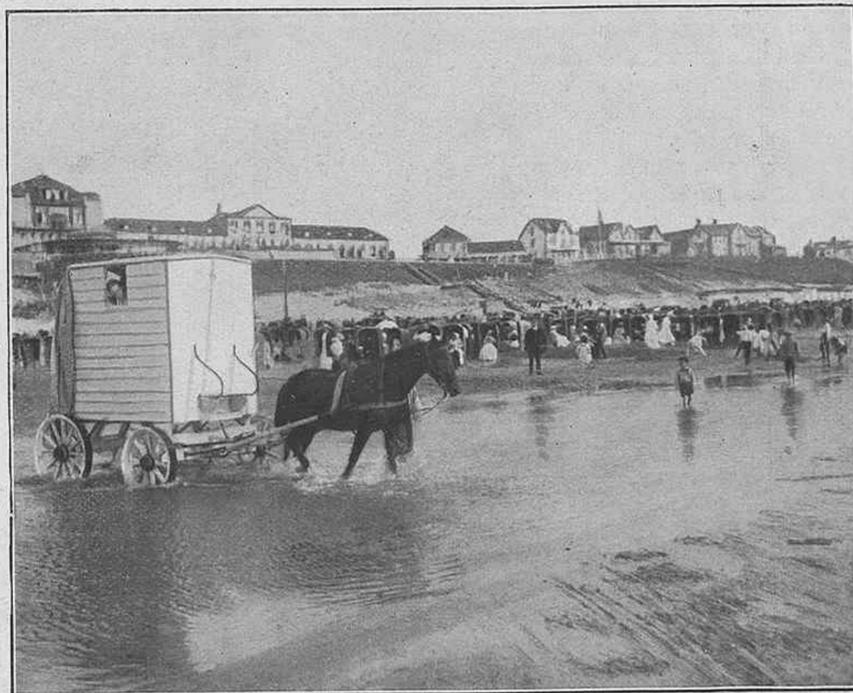
Scheweningen.—Vista general de la playa



Vista del Puente Marítimo



Zandvoort.—El bulevar visto desde la playa



Vista de la playa. Una cabina entrando en el agua

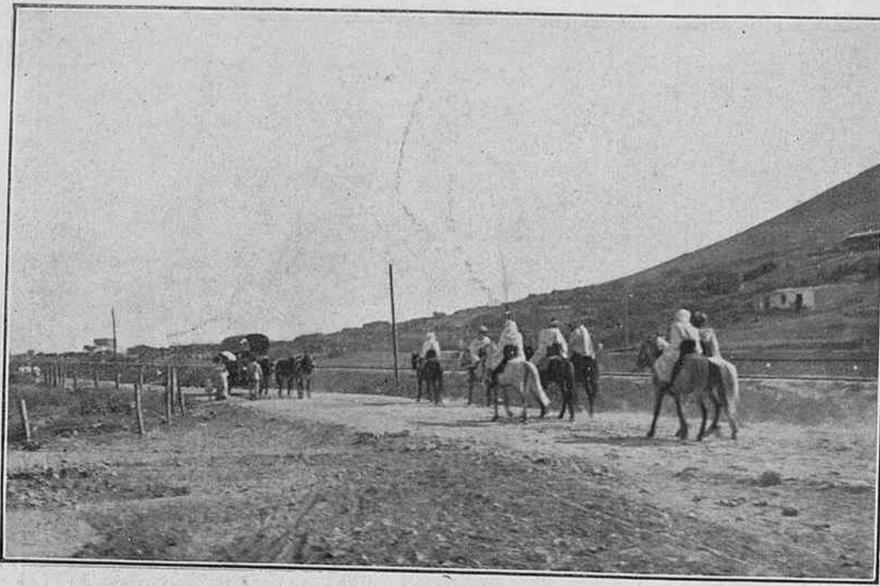


Zandvoort.—Música y danza



Descanso en la playa

MELILLA.—SUMISIÓN DE LOS BENI-BU-YAHI. (Fotografías de Antonio Rectoret.)



Moros Beni-Bu-Yahi en el camino de Seluan dirigiéndose a Melilla para concertar la paz —Caídes Beni-Bu-Yahi que fueron a Melilla para concertar la paz con el general Aldave

Los Beni-Bu-Yahi, importantes cabilas hasta ahora hostiles a España, han efectuado recientemente su sumisión, concertando con el general Aldave la paz, hecho de suma trascendencia no sólo por lo que es en sí, sino, además, porque es de esperar que el ejemplo no tardará en ser seguido por otras poblaciones del Rif. Con ello podrá España realizar pacíficamente su acción civilizadora en Marruecos y con la paz comenzará la prosperidad de aquellas regiones, que tantas ventajas puede reportar a nuestra patria.

La primera conferencia preliminar celebróse el 20 del pasado junio, en las cercanías del Zaio, entre el general Jordana y varios caídes representantes de los Beni-Bu-Yahi, y en ella se esbozaron los puntos principales que el citado general ofreció consultar con el general Aldave. En una segunda entrevista, efectuada el día 30, se concretaron los asuntos principales, mediante unas bases que el general Jordana aceptó en nombre del capitán general, a reserva de que los jefes moros fuesen a Melilla a ratificar, ante la primera autoridad, los acuerdos tomados.

En la mañana del 17 de este mes, presentáronse en la alcazaba de Seluán doce jefes prestigiosos de

las cabilas de Beni-Bu-Yahi y Ben-Ugril y algunos representantes de los Ulad-Settut, y luego se diri-

ron los poderes que llevaban de las cabilas citadas.

A la mañana siguiente conferenciaron con el general Aldave, ante el cual ratificaron cuanto habían dicho en las conferencias anteriores e hicieron grandes protestas de adhesión a España, afirmando que deseaban una paz duradera. Añadieron que el jefe Sid-Mojatar El Armani no había podido acompañarlos por encontrarse fuera de la cabila, pero que en cuanto regresase iría a Melilla a ratificar con los demás jefes los acuerdos adoptados.

En una segunda entrevista, puntualizóse la conducta para el porvenir y se exigieron garantías a los jefes cabileños.

Terminadas las entrevistas, los moros fueron obsequiados con un te, al que asistieron también los generales Aldave, Jordana, López, Palomo, el auditor general Sr. Saiz Pardo y otros jefes.

Al día siguiente, los jefes de las cabilas regresaron a sus territorios.

Posteriormente se ha sabido que los notables de Beni-Bu-Yahi que fueron a Melilla a someterse han ordenado a sus gentes que no cometan acto alguno de hostilidad contra nuestras posiciones, pues la paz es un hecho.—R.



Los generales Aldave y Jordana saliendo de la capitania después de concertar la paz con los Beni-Bu-Yahi



Vista de la plaza mercado de Melilla

BURGOS.—EL CENTENARIO DE LA BATALLA DE LAS NAVAS DE TOLOSA. (Fotografías de Alfonso Vadillo.)



La procesión cívico-religiosa-militar. Los arzobispos, obispos y el cabildo.—Comisiones militares, senadores, diputados y Ayuntamiento

Burgos ha celebrado con grandes fiestas el séptimo centenario de la memorable batalla de las Navas

responso ante la tumba de Alfonso VIII, que estaba cubierta de flores y en cuya cabecera ondeaba el histórico pendón de las Navas.

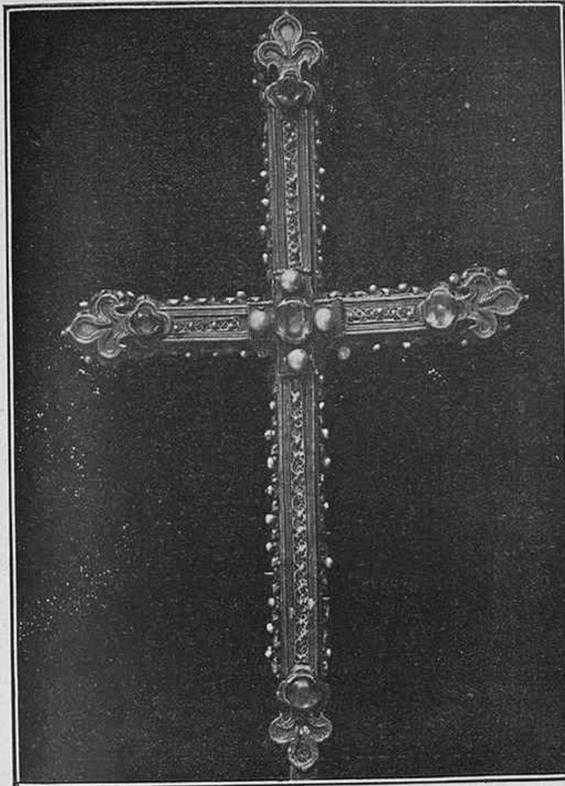
actuarios, los procuradores, los profesores de la Normal y del Instituto, los ingenieros y abogados, el clero secular y regular, con la cruz de Alfonso VIII, rodeada de los caballeros de las Ordenes militares, las Maestranzas, gentileshombres y mayordomos de la Real Casa; el llamado pendón de las Navas, los

A la una de la tarde se rezó en la magnífica posesión de El Parral una misa de campaña, después de la cual las tropas desfilaron ante el general marqués de Puerto Rico.

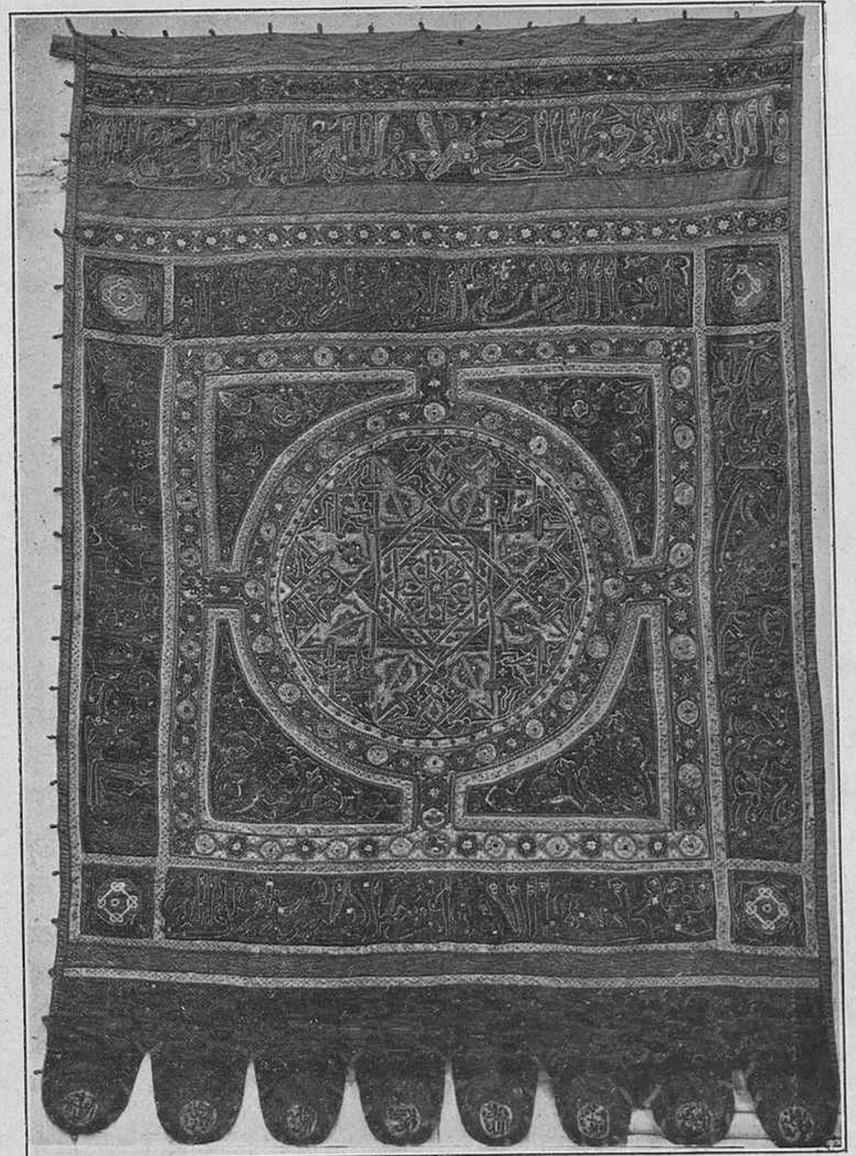
Al día siguiente, con asistencia de los prelados, comisiones y representaciones que habían ido a Burgos con ocasión del centenario, celebráronse en la catedral solemnes funerales por los españoles muertos en Melilla y por los que sucumbieron en las Navas. Ofició el obispo de León y pronunció la oración fúnebre el obispo auxiliar de Toledo.

Aquella tarde llegó a Burgos el cardenal pronuncio, siendo recibido por los obispos y autoridades y con los honores militares correspondientes a su alta jerarquía eclesiástica.

El día 16, efectuóse la grandiosa procesión cívico religiosa militar que desde la catedral se dirigió al Real Monasterio de las Huelgas. Precedían los gigantones y los danzantes, detrás de los cuales iban los clarinetos, los alumnos de las escuelas y colegios,



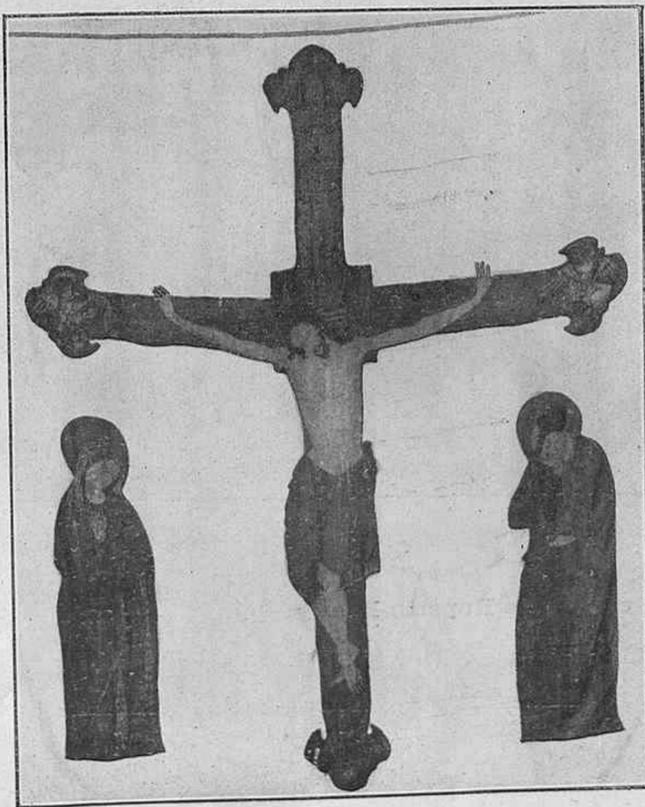
Cruz que llevaba Alfonso VIII en la batalla de las Navas y que se conserva en el Real Monasterio de las Huelgas, de Burgos.



Pendón árabe conquistado en la batalla de las Navas y que se conserva en el Real Monasterio de las Huelgas, de Burgos

de Tolosa que, en 16 de julio de 1212, ganaron Alfonso VIII de Castilla, Pedro II de Aragón y Sancho VII de Navarra contra Mohammed ben Yacub, emperador de los almohades.

En el Real Monasterio de las Huelgas díjose en la mañana del día 14 de este mes una misa de pontifical, a la que concurrieron numerosos prelados, los representantes de las Ordenes militares, maestrantes, gentileshombres, el Ayuntamiento, la Diputación, el cabildo catedral y una representación nutridísima de los cuerpos de la guarnición presidida por el general gobernador. Ofició el obispo de Vitoria, y el de Burgo de Osma pronunció una elocuente oración sobre el glorioso hecho de armas que se conmemoraba. Terminado el oficio, rezóse un



Pendón que llevaban los cristianos en la batalla de las Navas y que se conserva en la Catedral de Burgos

las cruces parroquiales de todos los partidos judiciales de Burgos, Aguilar y Reinosa; los gremios, los religiosos, representaciones de los Bancos, del turismo, de la Prensa y de la Cámara y Sindicato agrícolas; los

Cazadores de las Navas, el estandarte victorioso de Alfonso VIII, rodeado de prelados; los generales, diputados, autoridades, Ayuntamiento en pleno, gobernador civil, etc.

Por la noche efectuóse en el teatro una velada literaria, en la que el presidente de la Real Academia Española D. Alejandro Pidal pronunció un discurso elocuentísimo.

Un banquete dado por el Ayuntamiento en honor de las representaciones que acudieron a Burgos y una retreta militar han puesto término a las fiestas, que han resultado brillantes y atraído a aquella capital más de 20.000 forasteros.—R.

PARÍS.—SALÓN DE LA SOCIEDAD NACIONAL DE BELLAS ARTES. 1912



EN EL BALCÓN, cuadro de Ruperto Bunny



DRAMA DE MAYO, cuadro de G. Zezzos



Masnou. Homenaje a la memoria del primer marqués de Alella.—El público en la calle de Camilo Fabra, antes Carretera Real, en el acto de descubrirse la lápida.

MASNOU

HOMENAJE AL PRIMER MARQUÉS DE ALELLA

Una fiesta extraordinariamente simpática celebróse en la pintoresca villa del Masnou el domingo 21 de los corrientes. El Ayuntamiento anterior al actual, deseoso de corresponder a los muchos beneficios que a la población ha dispensado D. Román Fabra, propúsose rendir a éste un público tributo de agradecimiento; pero el Sr. Fabra declinó tal honor manifestando que sólo podría aceptar el homenaje si en vez de hacersele a él se hacía a la memoria de su padre, D. Camilo, primer marqués de Alella, que antes que él había sentido también gran predilección por el Masnou.

En vista de ello, aquel Ayuntamiento acordó dar el nombre de Camilo Fabra a una de las vías más importantes de la villa, acuerdo que el Ayuntamiento actual llevó a la práctica el día antes mencionado.



La presidencia. El alcalde del Masnou; a su derecha, D. Fernando Fabra, actual marqués de Alella; a su izquierda, D. Román Fabra.

gidas piezas de su repertorio, la gente joven se entregó a la danza y se disparó un magnífico castillo de fuegos artificiales.

ENRIQUE POINCARÉ

Este eminente filósofo y matemático, fallecido hace poco en París, había nacido en Nancy en 29 de abril de 1854. En aquel liceo hizo sus primeros estudios, entrando en 1872 en la Escuela forestal con el número 2, en 1873 en la Escuela politécnica con el número 1 y en 1875 en la Escuela de minas. Graduado de doctor en Ciencias en 1879, dedicóse desde entonces a la enseñanza, habiendo desempeñado cátedras en la facultad de Ciencias de Caén, en la Facultad de París y en la Escuela politécnica.

Sus obras, muchas en número y todas de excepcional importancia, le conquistaron fama mundial; entre ellas merecen ser especialmente citadas: *Teoría de los torbellinos*, *Nuevos métodos de la mecánica celeste*, *Las oscilaciones eléctricas*, *Las oscilaciones hertzianas*, *Ciencia e Hipótesis* y *El valor de la ciencia*.

Era miembro de la Academia de Ciencias, de la Academia francesa, de la Oficina de Longitudes, del Consejo de los observatorios y de las Academias de Viena, Amsterdam, Berlín, Boston, Copenhague, Londres, Roma, Washington y otras.

AHMED MUKTAR BAJÁ

Turquía está atravesando una crisis gravísima producida no sólo por la guerra con Italia, sino, además, por la insu-

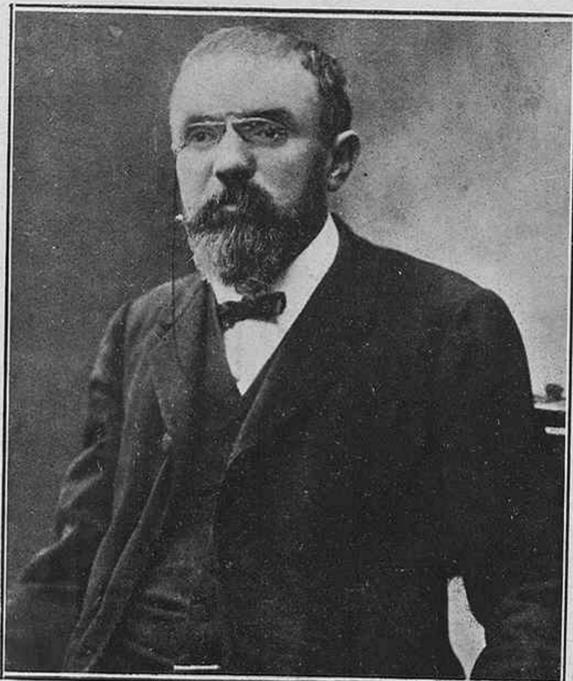
El «Orfeo del Masnou» en la quinta del Bell-Esguart, propiedad de D. Román Fabra. (Fotografías de nuestro reportero Merletti.)

rección albanesa y sobre todo por las luchas interiores de los partidos. El ministerio de Sáfíd Bajá dimitió hace unos días y esto complicó aún más la situación por la dificultad de hallar quien se pusiera al frente del gran



Ahmed Muktar Bajá, nuevo gran visir de Turquía (De fotografía de Harlingue.)

visirato. Ofrecido tan altísimo cargo a Tewfic Bajá, embajador turco en Londres, éste impuso, para aceptarlo, condiciones que el sultán no pudo admitir, habiendo sido al fin nombrado gran visir Ahmed Muktar Bajá, que era presidente del Senado y que goza de grandes prestigios.



Enrique Poincaré, ilustre matemático y filósofo francés fallecido en París el 17 de los corrientes. (De fotografía de Argus Photo-Reportage.)

En la hermosa finca de Bell Esguart, propiedad de D. Román, reuniéronse los invitados a la fiesta y se formó la comitiva oficial, en la que iban el Ayuntamiento actual, presidido por su digno alcalde Sr. Estapé, el anterior, el Sr. Fabra y su hermano el marqués de Alella, el cura párroco, un oficial del ejército, los niños de las escuelas, el «Orfeo del Masnou» y los principales contribuyentes de la villa.

Llegado el cortejo al sitio en donde había de celebrarse la ceremonia, la presidencia y los invitados ocuparon una tribuna y comenzó el acto, que presenció un gentío inmenso, leyéndose los acuerdos de la corporación municipal. Después el arquitecto municipal del Masnou, Sr. Bassegoda, pronunció un elocuente discurso, ensalzando la memoria de D. Camilo Fabra, encomiando el rasgo de modestia de D. Román, y exhortando al vecindario masnouense a mostrarse agradecido con quienes procuran el bienestar material y moral de la población. El Sr. Fabra contestó en sentidas frases dedicando un emocionante recuerdo a su padre y dando las gracias al Ayuntamiento del Masnou y a cuantos habían tomado parte en la fiesta.

En seguida procedióse al descubrimiento de la lápida en que consta el nuevo nombre de la calle, entre los acordes de la Marcha Real, las salvas de los somatenes y los ensordecedores vítores de la multitud.

Terminado el acto los concurrentes se dirigieron a Bell-Esguart, en donde se celebró una animada fiesta popular, en la que el «Orfeo del Masnou» cantó algunas de las más esco-



Bandeja de plata repujada, propiedad de D. Porfirio López, de Astorga. Obra de principios del siglo XVII. Representa la batalla de las Navas, mide 65 x 50 centímetros y pesa 100 onzas

MATRIMONIO SECRETO

NOVELA ORIGINAL DE PABLO BERTNAY.—ILUSTRACIONES DE MAS Y FONDEVILA. (CONTINUACIÓN.)



— Claudio, ven a verla por última vez ..

—Sí, pero la muchacha nada ha dicho todavía.
 —En cambio ha hablado la madre y sobre todo me ha escuchado muy atentamente, créalo usted.
 —Lo creo, pero, ¿y la hija?
 —Hará lo que le digan que haga.
 —¿Y el otro, Lorgerac? Me dijo usted que existía una novela que no iba mal.
 —La novela ha pasado la frontera con el héroe.
 —Pero ni siquiera sabe usted dónde está éste.
 —¡En el infierno! Ya se lo he dicho a usted que no volverá tan pronto.
 —¿Qué le hace a usted suponerlo así?
 —Muy sencillo. Después del lance de la carta...
 —A pesar de todo mi miedo tuve aquel día.
 —Seguramente. Pues bien, el padre furioso, y ya pudo usted ver por la invasión de la policía en casa de Pastouret que el tal señor no repara en pelillos, mandó al chico al fin del mundo.

—¿Tan lejos le envié?
 —Su equipaje fué dirigido a Marsella, a las Mensajerías Marítimas; y no se embarca una balumba de cofres y paquetes en un vapor para ir a Tolón o a Cette. El muchacho va camino del corazón de Asia o de Africa y si no pilla allí las fiebres, le pillará a él alguna morita que antes de poco le hará olvidar a su prima Rolanda. A los veinticuatro años se acomoda uno mal con la vida cenobítica. Además, la madre me dijo ayer que su hija no tiene ningún compromiso.
 —Todo se reduce, pues, a testarudez de la chica.
 —Amoríos de colegiales; y ahí está el padre Lorgerac para evitar que la cosa se formalice. En el entretanto se presenta usted con su amor y sus rentas...
 —Algo difícil de exhibir...
 —Con su nombre y su físico bien patentes, lo mismo que su desinterés. Dígole que de no haber ocu-

rrido anoche esa estúpida aventura de la señora de Lecoutellier, mañana le presentaba a usted como novio.

—Ahora, en cambio...
 —Hasta que aquella señora se restablezca.
 —O hasta que se muera.
 —Sería peor el caso, porque retrasaría el asunto. Madre e hija lloriquearían y habría que tener paciencia.
 —Y aburrirse en este taller fumando cigarrillos.
 —Yo estoy en acecho hace diez y siete años y no me quejo, respondió Delorme encogiéndose de hombros.
 —En fin, leeremos sus cartas. Pero, ¿por qué se le ha ocurrido a usted esta idea?
 —Porque basta una piedrecita para hacer volcar un coche; y como yo no quiero volcar, no descuido nada y aparto del camino el más pequeño guijarro.

III.—TERRIBLE DOLOR

Durante aquellas veinticuatro horas, parecía haber mejorado el estado de la señora de Lecoutellier, pues aunque subsistía la parálisis de medio cuerpo, el otro medio había recobrado la sensibilidad y el movimiento, la cabeza habíase despejado y el habla, aunque torpe y balbuciente, había vuelto lo bastante clara para hacer comprender lo que la enferma pedía, quería decir o tratar de explicar. Y por primera vez había tenido Claudio un destello de esperanza.

Un ataque de apoplejía, sobre todo si es el primero se vence; la recidiva es lo terrible, pero puede tardar mucho tiempo en sobrevenir.

—Ya ve usted cómo la curaremos, decía Manuela al doctor en el comedorcito en donde no habían vuelto a encontrarse frente a frente desde hacía tantos años.

—Y ésta será una nueva deuda de gratitud que añadir a otra más antigua.

—No hable usted de esto.

—Al contrario, hay que hablar, porque pronto se marchará usted..., y entonces..., ¡cuándo volveré a verla!

Había en la dulzura de aquella melancólica interrogación tanta tristeza resignada, tanta pena no llamada, un pesar tan vivo, que Manuela, para evitar que su conversación tomara el sesgo, siempre tan peligroso de otros tiempos, abordó en seguida otro tema.

—Por esto mismo, dijo, he de informar a usted de un asunto grave concerniente a Rolanda, y me alegro de haberla enviado a Neuilly.

—No quería usted, pues, delante de ella...

—No, pero antes de que vuelva habremos hablado todo lo necesario.

—¿Y qué quiere usted contarme de Rolanda?

—Me la piden en matrimonio.

—¿Enrique de Lorgerac? Sí, ya sé, pero no puede casarse sin la autorización...

—No se trata del Sr. de Lorgerac, que ha partido.

—Partido..., partido... Pero volverá.

—¿Cuándo?

—¿Cómo decirselo a usted cuando el mismo no podría decirlo?

—Pues yo, Claudio, contesto por él: probablemente nunca.

—No lo crea usted, amiga mía.

—Y usted no crea a los hombres mejores de lo que son; no crea que los heroísmos son cosa corriente y que los hermosos arranques de pasión desafían el cansancio, que se convierte en olvido después de haber sido indiferencia.

—Conozco, sin embargo, arranques de estos que, sin ser heroicos y sin más pretensión que la modesta de ser sinceros y leales han resistido al tiempo y a la separación.

—Es que procedían de seres admirablemente excepcionales, apresuróse a contestar Manuela.

Y añadió casi suplicante:

—No debemos hablar de éstos ahora, Claudio, mi querido Claudio, sino de Rolanda...

—Y de Enrique de Lorgerac, tiene usted razón; hágase una vez más, como siempre, su voluntad.

Y volviendo dócilmente al terreno de donde Manuela no quería moverse, dijo:

—Yo creo en la belleza de alma de ese joven; tampoco él es de los que olvidan, ni de los que se cansan.

—Partió diciendo que no volvería más.

—Pero ama con pasión a Rolanda.

—Pero se ha alzado entre ellos un obstáculo inesperado.

—Lo vencerá.

—Ha dicho que era insuperable.

—Lo destruirá.

—Si intentase destruirlo sería indigno del amor de Rolanda y así se lo ha confesado lealmente.

—Él tal vez lo cree así, pero yo tengo motivo para asegurar mejor que él del porvenir.

—¿Qué sabe usted que él ignore?

—Saber, nada; pero sospecho, adivino casi muchas cosas, a las que, en el momento oportuno podré aportar un concurso, una ayuda. Tampoco yo puedo hablar porque temo equivocarme; sin embargo, digo a usted, como dije a Rolanda: tenga usted valor, tenga usted fe.

—¿Y si, como lo estima posible, se equivoca usted?

—Confieso que sería para mí una cruel decepción.

—¿Y para Rolanda?

—Para la pobre una decepción más cruel todavía.

—Peor que esto, Claudio; sería su vida malograda, una vida que puede ser, si nosotros queremos y ella consiente, tranquila, feliz y segura. Lo que no ha sido la mía, añadió suspirando, lo que tanto quie-

siera que fuese la suya... ¡Pobre Rolanda! ¡Cuánto tiempo tendría después para arrepentirse y sufrir! Evitémosle, Claudio, la posibilidad de este suplicio que es demasiado duro.

—¿Tiene usted, pues, algún proyecto de matrimonio para ella?

—Un proyecto..., todavía no.

—Pero, en fin, han pedido a usted su mano.

—Sí, y vacilo y me inquieto y me pregunto si no será una mala madre rechazando la petición sin haberla hablado de ella.

—¿De modo que nada sabe todavía?

—Nada.

—¿Y ese partido?

—Soberbio, inesperado.

Y minuciosamente refirió Manuela sus relaciones con el vizconde de l'Orme y con Ludovico de Queyrel y la petición improvisada que le había hecho aquel hombre excelente, cuya cordialidad y delicadeza no cabía poner en duda, como tampoco podía dudarse del amor tan desinteresado de su ahijado.

—Sí, sí, murmuró Claudio pensativo. Realmente es soberbio.

—Superior a mis más ambiciosas esperanzas.

—Muy hermoso, sí; mucha generosidad, gran amplitud de ideas...

—Esto sobre todo, que, como bien sabe usted, es tan poco corriente.

—Particularmente en un vizconde de l'Orme oficial pontificio. Confieso que habría buscado en un hombre así ese concepto, más bien atrevido de lo que ha de ser el matrimonio.

—Y ya he dicho a usted que ese joven es de los que agradan y se hace amar fácilmente.

—Cuando no se ama a otro.

—¿Está tan lejos... ese otro! Además, añadió con acento de calurosa defensa, Rolanda no tiene aún diez y siete años; y, ¿cree usted que entre ese pretendiente a quien se ve todos los días, que está cada día más enamorado y el otro, que no da señales de vida y que se fué diciendo que le olvidaran porque jamás volverían a verle, cree usted que Rolanda no pueda un día, acaso muy pronto, vacilar?

—Y la vacilación es el comienzo de la derrota, dijo Claudio con un gesto de despecho, de pena más bien. Pues si esto ocurre, tanto peor para Rolanda. En cuanto a mí, tenía..., tengo aún mejor opinión que usted de ella.

—Opinión tan alta que no la merece.

Y añadió abogando aún más ardientemente por la humilde felicidad de su hija:

—Rolanda no es de las que caminan hacia las cumbres; es un alma débil incapaz de esos esfuerzos casi sobrehumanos, un alma que sucumbiría a la pena, al cansancio. ¿No deben los deberes ser proporcionados a las debilidades? ¿No hay que medir los sacrificios por las energías? Qué me importa, Claudio, que mi hija sea una heroína; lo que quiero es que sea dichosa.

—¿Quién de los dos tiene razón?, replicó Claudio moviendo la cabeza. ¿Yo con mis ideas, acaso demasiado absolutas, o usted con su corazón y su instinto de madre? Ahora me asusta el consejo que he de dar a usted y también vacilo.

—Entonces, ¿qué debo hacer?

En aquel momento presentóse Rosalía.

—¿Señorito Claudio, señora Casteras, vengan, que la señora llama!

—Vamos allá en seguida, dijo Manuela.

—Luego volveremos a hablar de esto.

—Sí, luego, y usted me aconsejará.

—Después de haberlo bien reflexionado. Me ha conturbado usted, y es una resolución tan grave...

La enferma, en efecto, acababa de despertarse y abrió los ojos, en los que desde el día antes había reaparecido como un destello de vida y que ahora tenían como un brillo de fiebre. Su boca, torcida aún, se esforzaba por hablar distintamente, y en sus mejillas notábase una rubicundez enfermiza.

—¿Claudio, Claudio!, murmuró.

—Aquí estoy, mamá; estábamos en el comedor con Manuela.

—Sí, sí... Manuela también.

Y mientras le contestaba, el doctor cogía con inquietud la mano de su madre que todavía conservaba sensibilidad y movimiento y que se agitaba con cierta impaciencia sobre la sábana.

—¿Cómo arde!, pensaba.

Y preguntó a la enferma con dulzura:

—¿Quieres algo mamá?

—Algo que podamos hacer, añadió Manuela que había pasado al otro lado de la cama.

La enferma volvió pensosamente los ojos hacia aquella otra voz tan dulce y al ver aquel rostro iluminado por un rayo de cariño, también filial, murmuró:

—Sí, sí..., es usted..., usted..., con él...

Con su mano sana colocó sobre su pecho la mano de su hijo, que tenía cogida y después, haciendo un movimiento brusco, cogió la de Manuela y la atrajo hacia sí hasta ponerla en contacto con la de Claudio, que descansaba aún sobre su corazón de madre. Y cuando sintió que tenía a los dos, apretólas débil pero ardientemente y exclamó:

—¡Hijos míos..., hijos míos!

—¿Por qué lloras, mamá?, preguntóle Claudio al ver que de sus ojos se deslizaba una gran lágrima. Ya ves que estás mucho mejor y que nosotros estamos tranquilos, nos sentimos dichosos...

Pero la voz de la enferma le interrumpió:

—Manuela, se quedará solo en el mundo...

Y mientras se acentuaba su rubicundez y se ponían más brillantes sus ojos, prosiguió:

—¡Solo... con su pesar..., con su amor! ¡Ah, hija mía, hija mía muy amada!..

En aquel momento acudió Rolanda presurosa, deteniéndose sorprendida junto al lecho y lanzando un débil grito al ver unidas por la de la enferma las manos de Claudio y de su madre, que estaban a cual más pálido. Y de pronto tuvo una visión obscura de aquel pasado cuyo misterio nunca se había entreabierto.

—Rolanda, díjole la enferma; es por tu causa..., tú sola podrías oponerte... Te ruego..., te suplico...

Repentinamente una rubicundez más viva invadió aquel rostro animado por ardores de fiebre; la boca hizo un esfuerzo, ¡ay!, inútil para decir otra palabra y los ojos se agitaron convulsivamente. Y oprimiendo más febrilmente aún las dos manos unidas sobre su corazón que latía aceleradamente, dejó caer la cabeza sobre la almohada y quedóse sin movimiento, como herida por un rayo.

—¡Dios mío! ¡Claudio..., socorro!, gritó desatinada Manuela.

—¡Rosalía, hielo, revulsivos! ¡Pronto!, gritó el doctor.

—Su corazón se para, Claudio.

—¡Ah, un segundo ataque!

—¡Otra sangría, Claudio! ¡En seguida!

Pero el doctor abalanzóse a la chimenea, cogió un espejo y con mano temblorosa lo puso junto a la boca de su madre; y después de unos segundos de espantoso silencio, de atroz angustia,

—¡Muerta, muerta!, exclamó como loco dejándose caer sobre aquel cuerpo sin vida, aquel cuerpo del cual habíase escapado para siempre el alma de cariño, de abnegación, de amor, el alma de la madre querida a quien tanto había adorado.

Arrodilladas en el cuarto mortuorio Manuela y Rolanda rezaban. Y allá en el fondo de la cocina, oíase como un lamento agudo desgarrador de un perro familiar que aúlla a la muerte: era Rosalía que lloraba a su pobre, a su bondadosa señora.

Vinieron luego aquellas atenciones, aquel aparato en que la piedad por los muertos se mezcla con las vulgares preocupaciones de pormenores materiales odiosos, pero inevitables que en tales desvíos distraen los dolores demasiado punzantes. A Claudio le habría sido imposible presenciar aquellas disposiciones funerarias que son casi profanaciones de la muerte augusta y misteriosa; así es que, al convenirse de que todo había concluído irremisiblemente, dejóse conducir a su cuarto por Rolanda.

—Ve a llorar mi pobre Claudio, háblele dicho ésta; mamá y yo cuidaremos de todo.

Efectivamente, en aquellas veinticuatro horas, ellas y Rosalía a todo habían atendido.

Y cuando al fin la querida muerta quedó colocada en su ataúd, Rolanda volvió al cuarto en donde su pobre amigo, abrumado por el dolor, sin lágrimas, porque ya las había llorado todas, permanecía atontado por esta idea fija, atroz:

—Todo ha concluído. De aquella sonrisa, de aquellas lágrimas, de aquel amor, no queda más que un poco de polvo que mañana será arrastrado por el torbellino de las fuerzas ciegas.

Cuando Rolanda con aquella voz que tan singularmente se parecía a la de su madre, le dijo:

—Claudio, ven a verla por última vez...

Él la siguió tambaleándose. Y en aquella estancia en donde los perfumes de las flores se mezclaban con los pesados effluvia nocturnos y en donde la luz temblorosa de los cirios hacía vacilar grandes sombras silenciosas sobre las cortinas de la cama vacía; delante de aquel féretro abierto que todavía no despertaba más que la idea de un sueño profundo, sumo en un lecho más angosto rodeado ya de coronas, Claudio tuvo como una visión del más allá.

No, no había desaparecido, y la muerte había impuesto tanta paz, tanta serenidad en aquel rostro apenas alterado, que Claudio exclamó desatinado, como si su madre pudiese oírle todavía:

—¡Es que has llegado a ese puerto en donde no hay dolores, miserias ni angustias! ¡Es que tú, pobre alma querida, estás en la región del reposo, de la verdad y de la luz!

Y posando sus temblorosos labios sobre aquella frente fría como el mármol murmuró:

—No debo, pues, decirte ¡adiós!, sino, ¡hasta la vista!, madre adorada.

Fué aquél tal vez el primer acto de fe y de esperanza que se exhaló de aquel corazón abrumado por el dolor más grande que jamás había conocido.

IV. — POR TRES MESES

Habían transcurrido algunos días que Claudio había pasado en el pabellón de la calle de la Torre, sin querer ver a nadie, complaciéndose en su tristeza y en su soledad. A la misma Rolanda habíale suplicado que no fuera en seguida.

—Pronto, ya te avisaré; ahora tu presencia, pobre hija mía, me hace daño porque me recuerda tantas cosas que no son ya más que dolores. Déjame solo unos días.

Y al oprimir la mano de Manuela para despedirse de ella le había dicho:

—En cuanto a aquello de que empezamos a hablar...

—Sí, ya sé..., contestó Manuela, al advertir que Rolanda les escuchaba.

—Pues bien, sólo le pido que mientras yo no le escriba no contraiga ningún compromiso.

—Se lo prometo, Claudio.

—Y yo le prometo darle noticias más antes de poco.

Manuela había partido con Rolanda, la cual intriguada por lo que había oído, le preguntó:

—¿Qué quería decirte Claudio?

—Se trata de una cosa que me ha confiado.

—¿Y no puedes decírmela, mamáita?

—No.

Contrariada, pero impresionada por la energía y la sequedad con que su madre había dicho aquel «no», Rolanda no había insistido.

—¡Otro misterio!, pensó. Y misterios habrá habido entre ellos y la señora de Lecoutellier; pero misterios que se adivinarían, por poco que uno se empeñara en ello... En fin, como dice Claudio, todo acaba por venir cuando llega la hora... ¡Todol, añadió suspirando. ¿Vendrá algún día lo que me haría tan dichosa?

Pero Rolanda guardó en lo más hondo de su corazón sus reflexiones, sus vagas esperanzas, y la hermosa valentía de su amor.

¿Qué idea había dictado a Claudio sus enigmáticas palabras? Durante aquellos días de soledad, ¿qué proyecto había germinado en el desolado vacío de su nueva existencia? No era él de los que se abandonan a ese embotamiento pasivo, que en el fondo no es sino pereza, cobardía del alma y del corazón; comprendía el peligro de sumirse en una desesperación que poco a poco se convierte en idea fija y comprendía que era menester reaccionar por la acción, por el trabajo, por todo lo que impone al cuerpo una saludable fatiga, después de la cual llega a su vez la paz del alma, ya que no el sosiego del corazón. Pero comprendía también que en aquella casa, en medio de los recuerdos vivos de la querida muerta, se agotaría en una lucha desigual de su voluntad con su dolor, y se había dicho:

—Es preciso que me aleje por algún tiempo.

Y entonces también él había pensado en México, en donde estaba acaso la clave de aquel misterio que, desde hacía tantos años era una cárcel de sombra y de desolación para dos mujeres desgraciadas, las únicas en el mundo a quienes amaría en lo sucesivo, y las únicas a quienes, con su pobre muerta, había amado más. Por otra parte, ¿no era el momento de obrar para coadyuvar a la obra demasiado lenta de los azares que no son sino providenciales justicias? Manuela, con sus incertidumbres, temores y escrúpulos, habíale conturbado profundamente, y, como ella, tampoco él quería asumir la responsabilidad de una aventura imprudente que haría sufrir durante toda su vida a la valerosa y fiel Rolanda. Era menester apresurar la unión de aquellos enamorados, asegurar la pronta victoria de aquel amor; o, de no ser así, no habría más recurso que decirle a Rolanda:

—Tu dicha con Enrique es cada vez más aventurada; escoge entre esa felicidad que acaso no es más que un falaz espejismo y esa otra que está al alcance de tu mano, que es segura.

¡Pero no! Claudio presentía instintivamente que Rolanda no sería condenada; adivinaba que Enrique luchaba entre sus dos deberes: la probidad y la piedad filial; había vislumbrado confusamente que el padre, por medio de alguna maniobra atrevida, qui-

zadas de una confianza desesperada, había sellado los labios de aquel hijo ya rebelde, y sospechaba, más confusamente aún, un drama de familia en que el dinero desempeñaba una vez más su papel abominable; un drama revelado por la fuga de Enrique, por el ingreso de Genoveva en el convento, por aquel respetuoso abandono de la casa familiar por dos muchachos que no querían tener nada de común ni con Aspremont ni siquiera con Lorgerac.

Y entonces veía también claramente que lo que el hijo de Lorgerac ya no podía ni quería intentar, otro que tuviera toda su libertad de acción podía intentarlo y conseguirlo, apartando la prueba fehaciente del derecho de la niña y diciendo al barón de Lorgerac: «Ha llegado el momento de reparar, y pronto, lo que hoy todavía podemos denominar error y que mañana habríamos de llamar con otro nombre.» Entonces ¡ah! entonces brillaría al fin para aquellos pobres enamorados, desolados y fieles, una aurora radiante de alegría; entonces no habría lucha entre la probidad y la piedad filial, puesto que la causa de Rolanda habría triunfado y Enrique regresaría como un mensajero de paz, de reconciliación, de alianza. Entonces, sólo entonces quién sabe si podría realizarse también la última ilusión de la querida moribunda, la ilusión que él mismo acariciaba obstinadamente, la ilusión de una suprema conquista de amor.

Manuela, a quien él habría dado lo que tan ardentemente deseaba; Manuela, cuya hija llevaría al fin el nombre de su padre, el nombre de Aspremont ¿no se enternecería al fin, no quedaría desarmada ante tanta perseverancia y tanto amor? Cuando todos serían dichosos, ¿no le daría también a él, a él a quien amaba, su parte merecida de felicidad?

¡Ensueños, ensueños! Pero aun cuando estos ensueños se convirtieran algún día, ¿quién sabe?, en venturosa realidad, todo estaba en adelante subordinado a esta condición: demostrar el derecho de Manuela y de Rolanda.

Lograr esto en Francia era imposible; Claudio lo había intentado en vano varias veces secretamente; no había más que una probabilidad de éxito y una resolución que tomar: ir a México y seguir allí las indicaciones tan lógicas de aquel Cesáreo Honorat y que Rolanda, enterada por Enrique, le había repetido. Esa investigación debía llevarla a cabo en unión de aquel hombre hábil, leal, listo, que conocía a fondo aquel país, que consentiría gustoso en hacer, en su compañía, lo que se había brindado a realizar solo, y cuya iniciativa se vería apoyada por el apoyo y la influencia de su propio nombre.

Ninguna ocasión como aquella para utilizar su alta posición, sus numerosas relaciones y para añadir a sus energías y a su autoridad la fuerza de un carácter oficial... Una comisión, un viaje de observaciones y de estudios... Precisamente se le había solicitado para que en aquel país, que en un espacio tan limitado ofrece tan diversos climas, resumiese una de sus recientes series de observaciones, una serie capital desde el punto de vista de sus nuevas teorías sobre el organismo humano y sus adversarios infinitamente pequeños. Aquel trabajo que le pedían comprobaba primero en las frías regiones de Nueva Escocia y luego en las más húmedas y más cálidas del Brasil y que tendría su conclusión en una serie de observaciones simultáneas en las tierras cálidas, templadas y frías de México, ¿no sería también un derivativo del pesar que le agobiaba? Imponerse una labor penosa, absorbente y trabajar al mismo tiempo por la felicidad de Rolanda..., y acaso de otros... Sí, ésta era la reacción más saludable que podía buscar para su alma enferma y más bienhechora para aquellas a quienes amaba.

Y de nuevo veía las manos que su madre había juntado sobre los últimos latidos de su corazón. Pero también ilusión engañosa que, quién sabe si se desvanecería como el humo apenas comenzara sus gestiones en México; porque a pesar de lo que había dicho Cesáreo, lo más probable era que no quedara el menor vestigio del matrimonio de Manuela. Y en este caso, ¿llevaría él a aquellas pobres mujeres, después de algunas semanas de esperanzas locas, una decepción nueva, la más cruel de todas porque entonces sería ya imposible alimentar ninguna otra ilusión? No; lo que proyectaba era demasiado aleatorio. Podía él intentarlo, pero ni Rolanda ni Manuela deberían saberlo hasta después del éxito. No diría, pues, nada, para evitar preguntas, cavilaciones y sospechas y se prepararía discretamente para una expedición que no duraría más que tres meses: uno para el viaje, otro para sus trabajos y otro para el verdadero objeto de su aventurada empresa. Durante los pocos días de preparativos se pondría de acuerdo con Honorat y se proveería de todas las recomendaciones, facilidades y prestigio que el carácter ofi-

cial de su viaje le procuraría; y en el momento de la partida, sólo entonces participaría a Ro'anda y a Manuela aquella ausencia, pidiéndoles enojarosamente que hasta su regreso nada resolviese Manuela tocante al establecimiento de su hija. Y se lo pediría en tales términos que sabía de antemano que sería obedecido. Hecho lo cual, partiría con Cesáreo Honorat.

Era rico, porque aquella fortuna que él desdeñaba le llegaba en forma de considerables emolumentos en el Colegio de Francia, en la Escuela de Medicina y en otras instituciones, fortuna que él empleaba, en su casi totalidad, en nuevas y costosas experiencias, poniendo pundonoroso empeño en restituir a la ciencia lo que la ciencia le producía. Era, pues, lo bastante rico para desprenderse de diez mil ó veinte mil francos sin que su presupuesto se resintiera gran cosa; y si nunca había ofrecido a Rolanda su bolsa, de la que él sacaba sin contar, era porque más que nunca conservaba sus queridas y antiguas ideas sobre el trabajo, que moraliza y eleva. Además sabía que Manuela y su hija, gracias a su actividad, a su valor y a su inteligencia vivían con desahogo; conocía la pequeña fortuna, arrancada en otro tiempo de las manos de Pastouret y que él había invertido en buenas obligaciones de ferrocarriles; y por añadidura estaba seguro de que sería hacer sufrir cruelmente a Manuela, en su altivez, transmitirle por conducto de Rolanda cualquiera oferta de dinero. Por esto se decía con firme convencimiento: «Ya está bien así; modificar esta situación sería hacer un pésimo servicio a quien recibe de su madre la enseñanza del trabajo.»

Y mientras bosquejaba su proyecto de viaje jamás se preocupó por la existencia material, durante aquellos tres meses, de aquellas a quienes amaba. Esta existencia estaba asegurada y además él no pensaba dejarlas en abandono sino que iba a confiarlas moralmente a uno de sus buenos amigos que, a la primera señal, se apresuraría a ponerse a su disposición y en quien ellas encontrarían en seguida protección y ayuda y aun dinero en el caso improbable de que lo necesitasen. Por otra parte, a fin de preverlo todo y de no tener que preocuparse durante su ausencia de una nueva agresión del barón de Lorgerac, haría otra visita al prefecto de policía para recomendarle muy especialmente a sus protegidas.

Todo esto lo realizó rápidamente. ¡Tenía tantas ganas de partir..., de llegar!

Una sola entrevista le bastó para ponerse de acuerdo con Cesáreo, para quien aquel viaje con el célebre doctor Lecoutellier era una fiesta.

En pocos días todo estuvo arreglado. Entonces, Claudio llamó a Rosalía. La pobre mujer estaba muy cambiada, envejecida.

—¿Qué se ofrece señorito?, dijo tristemente presentándose en el comedor.

—Mi buena Rosalía, tú no te encuentras bien.

—Me pesa la vida, respondió rompiendo a llorar.

—Yo en cambio quiero, necesito, que vivas y que no me dejes.

—¡Ay señorito! Si no fuese porque pienso que se quedaría usted solo, creo que no resistiría mucho tiempo; pero mi pobre señora sería demasiado desgraciada en el cielo si yo faltase a usted y no hemos de apesadumbrar a los pobres muertos.

—¡Excelente Rosalía!, exclamó Claudio, poniéndole afectuosamente la mano sobre un hombro. Sí, sería para mí una gran desgracia no ver junto a mí tu bondadoso rostro, que tanto quiero; y como deseo verlo aún mucho tiempo, es cuestión de no ponerse enferma rumiando día y noche tu dolor.

—Si no estoy enferma, señorito Claudio.

—Aquí no se trata del señorito Claudio de quien, desde que nació has hecho lo que has querido, sino del médico y el médico no te deja discutir. Estás enferma, añadió con voz dulce y grave, necesitas el aire de tu tierra y como precisamente he de hacer un viaje de tres meses, te tomarás tres meses de vacaciones, de reposo absoluto en el Jura.

—¿Y la casa?

—La cerraremos. Pasado mañana partiremos los dos y dentro de tres meses volverás un poco consolada.

—¡Oh, esto nunca!

—A lo menos con más salud.

—En cuanto a esto, por usted haré lo que pueda.

Y después de este diálogo, Claudio sentóse a la mesa del comedor y escribió una carta así concebida:

«Mi querida Rolanda, nada tan cruel como una separación; nada tan triste como una despedida, aunque la separación haya de ser corta y la despedida sea sólo por unas semanas. Por esto, cuando recibas esta carta, estaré ya lejos de París.

(Se continuará.)

S. M. EL REY D. ALFONSO XIII EN PAMPLONA. (Fotografías de F. Moya.)

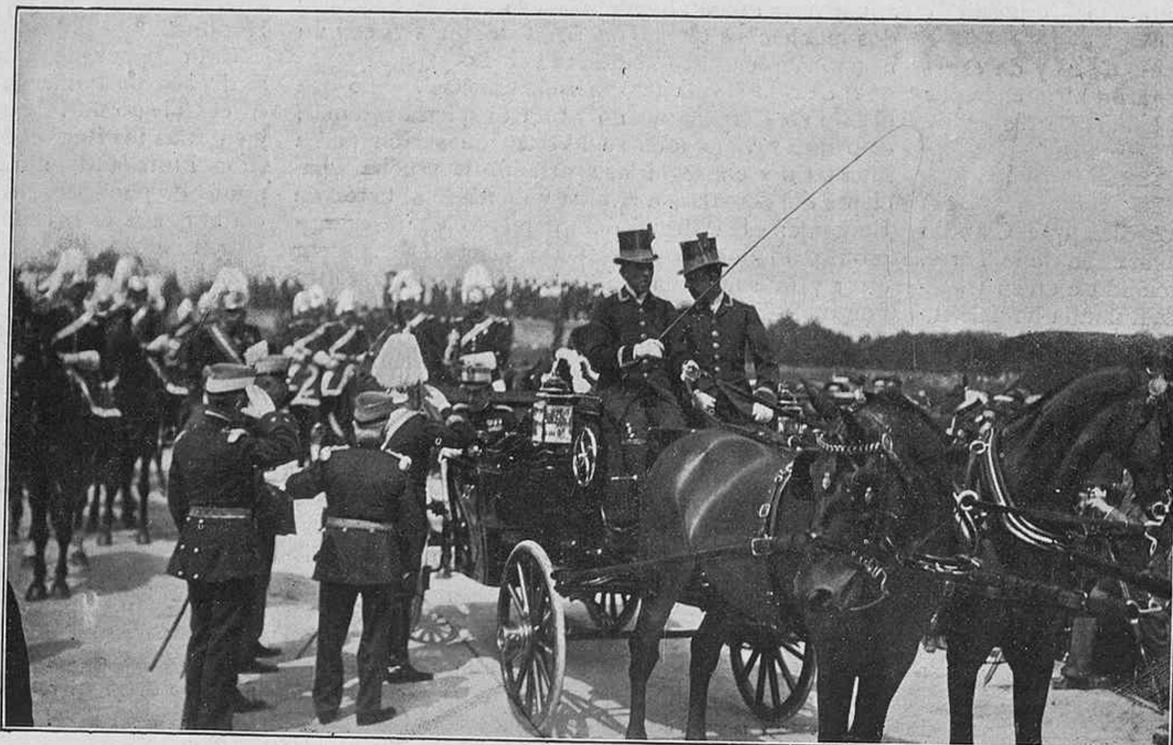
La capital de Navarra ofrecía desde las primeras horas de la mañana del 16 una animación indescriptible. Un gentío inmenso llenaba las calles, la mayoría de cuyas casas ostentaban colgaduras, en espera de S. M. el Rey, a quien salieron a recibir en las afueras de la población las autoridades y numerosas comisiones.

A las diez llegó el monarca en automóvil y después de la bienvenida del alcalde Sr. Viñas, S. M. ocupó con éste y con el ministro de Fomento un landó, haciendo su entrada en la ciudad entre las aclamaciones de la muchedumbre, y dirigiéndose a la catedral, en donde fué recibido bajo palio por el obispo y el cabildo. Cantóse un solemne Tedéum y terminado éste, Don Alfonso XIII marchó al palacio de la Diputación provincial y de allí a la plaza de la Constitución, en la que se habían reunido más de 600 cruces parroquiales y 700 banderas de los pueblos de Navarra, que concurrían a la procesión cívico-religiosa.

Al llegar a la plaza de la Constitución, S. M. presenció desde uno de los balcones del palacio la retreta militar, en

S. M. asistió luego a la función de gala del teatro Gayarre, en donde la compañía Guerrero-Mendoza representó la comedia de Linares Rivas *Doña Desdenes*. La sala presentaba un aspecto brillantísimo y la escogida concurrencia que por entero la llenaba tributó a D. Alfonso XIII entusiastas ovaciones.

Al día siguiente, por la mañana, presidió una sesión del Congreso de Viticultura que se celebraba en el salón de actos del Grupo escolar de San Francisco, y después de almorzar visitó detenidamente la exposición de maquinaria agrícola instalada en el pueblecito de Burlada, haciendo grandes elogios de las instalaciones y demostrando sus conocimientos en la materia, y las dependencias del palacio del Congreso de Viticultura, en donde recorrió las plantaciones de vid, en las que había centenares de clases. Luego marchó al Hipódromo, en donde fué recibido y despedido con grandes aclamaciones y en donde presenció algunas pruebas del concurso hípico.



El general marqués de Valtierra entregando a S. M. las llaves de la ciudad en la puerta de Taconera

la cual llamaban principalmente la atención tres carrozas: una alegórica de todas las armas del ejército;

despedido con grandes aclamaciones y en donde presenció algunas pruebas del concurso hípico.



S. M. oyendo la misa de campaña celebrada en la plaza de la Constitución.

Situóse el Rey al frente de las tropas e inmediatamente comenzó la misa de campaña, en la que ofició el obispo de Pamplona, asistido por el arzobispo de Zaragoza y por los obispos de Jaca, Huesca, Barbastro, Teruel, Zaragoza, Oviedo y Orense. Concluída la misa, la procesión desfiló ante Su Majestad, quien se retiró luego al palacio de la Diputación, en donde, después del almuerzo, celebróse una recepción brillantísima.

Por la tarde asistió el monarca al concurso de aviación organizado por la Asociación de la Prensa, presenciando desde la tribuna regia los hermosos vuelos de Vedrines y Garnier, a quienes felicitó y con quienes departió amablemente.

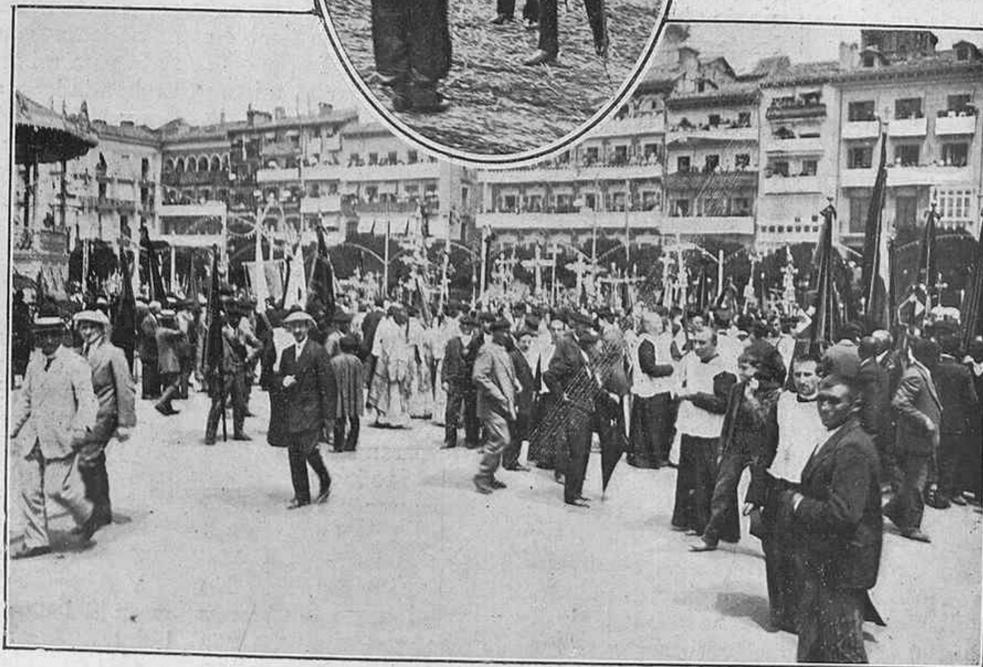
Por la noche la ciudad ofrecía un hermoso aspecto con sus iluminaciones extraordinarias. En la Diputación se celebró un ban-



Los arzobispos y obispos oyendo la misa de campaña

Desde el Hipódromo, dirigióse S. M. al hermoso hospital que se construye a expensas de la caritativa dama doña Concepción Benítez, viuda de Beistegui, y cuyos magníficos pabellones elogió con entusiasmo, habiendo manifestado al conde de Guendelain, que le acompañaba en la visita, que sólo en Berlín existe un edificio similar de la grandiosidad de aquél. De allí marchó a la explanada de la cárcel, en donde fué cumplimentado por las autoridades, comisiones y numerosas personalidades distinguidas.

Después de felicitar efusivamente al gobernador y al alcalde y de agradecer a los diputados provinciales los obsequios que durante su estancia en Pamplona se le habían tributado, S. M. celebró una breve conferencia con el ministro de Fomento, y a las cinco y cuarenta minutos abandonó la ciudad entre los ensordecedores vivas de la multitud que había acudido a despedirle.—S.



S. M. felicitando al aviador Sr. Garnier Aspecto de la plaza de la Constitución durante la procesión cívico-religiosa

otra con alegorías de la batalla de las Navas; y la tercera simbolizando la institución monárquica.

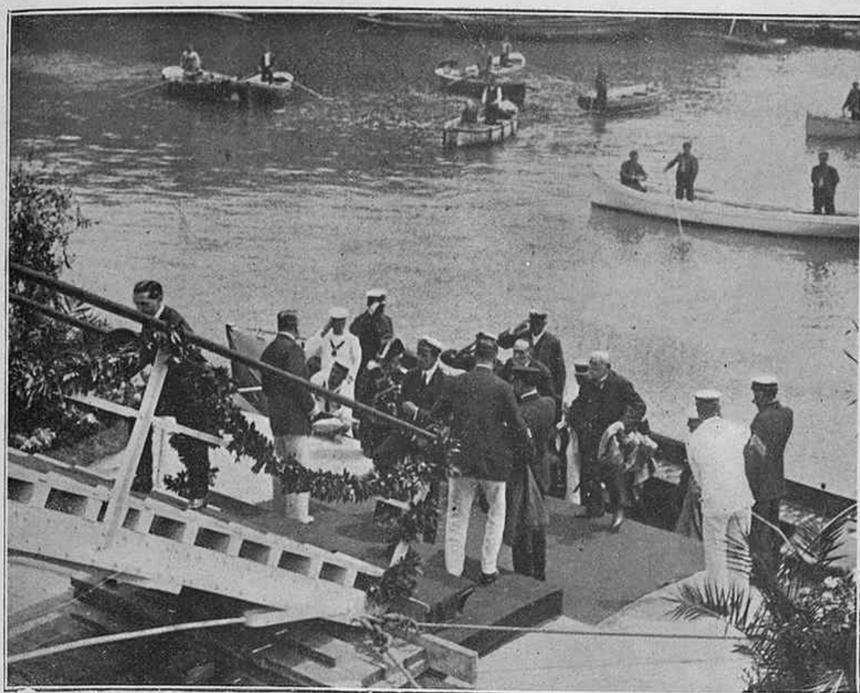
donó la ciudad entre los ensordecedores vivas de la multitud que había acudido a despedirle.—S.

S. M. EL REY D. ALFONSO XIII EN GIJÓN, EN OVIEDO Y EN TRUBIA. (Fotografías de Asenjo y Salazar.)

A bordo del *Giralda* hizo su entrada S. M. en el puerto de Gijón en la mañana del 18, subiendo en

para almorzar y a la una y media desembarcó de nuevo, dirigiéndose a visitar la Fábrica de Tabacos.

A las cuatro y media salió el monarca para Trubia, cuya fábrica de armas visitó minuciosamente,



Gijón.—Desembarco de S. M. en el muelle de Lequerica

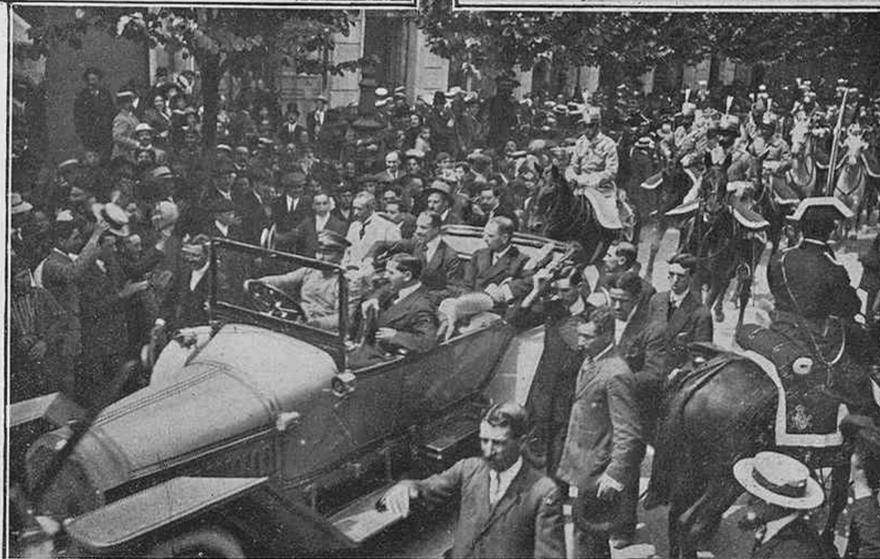


S. M. revistando la compañía que le había tributado honores al desembarcar.

seguida a bordo, para saludarle, las autoridades y muchas comisiones oficiales. A las dos de la tarde desembarcó en el muelle de Lequerica, y después de revistar las fuerzas que le habían tributado los honores, se dirigió al Club de Regatas, marchando luego desde allí a Ribadesella.

En aquel pueblo visitó la magnífica quinta de los marqueses de Argüelles, en cuyo Tiro de Pichón celebró una tirada en honor del monarca, disputándose en ella una preciosa copa regalada por los marqueses y que fué ganada por D. Carlos Latorre. Concluída la fiesta deportiva, el Rey y sus acompañantes pasaron a la terraza del chalet, en donde se sirvió un espléndido *lunch*.

A las seis y media regresó el monarca a Gijón, embarcándose en seguida en el *Giralda*, a bordo del cual celebró el banquete regio en honor de las autoridades.



S. M. dirigiéndose al Club de Regatas

Terminada la visita, marchó en automóvil a Oviedo, adonde llegó a las dos y media, siendo recibido por los elementos oficiales y un público inmenso, y

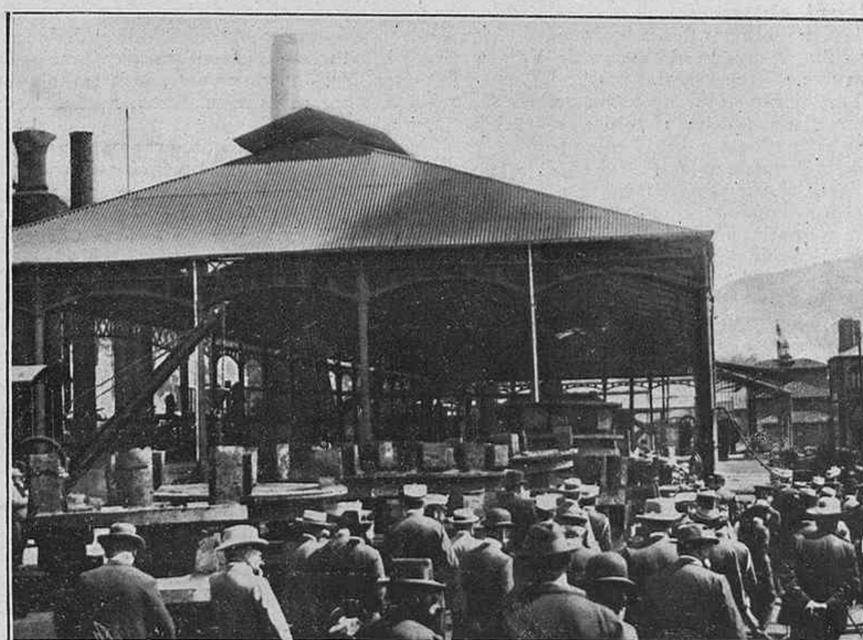
función de gala que se dió en el teatro Dindurra y en la que la compañía de la Comedia de Madrid representó la obra de Benavente *Rosas de otoño*.

recorriendo los talleres, presenciando la conclusión de un cañón de 101 milímetros destinado al acorazado *España* y el simulacro de la operación de carga, examinando el material de campaña Schneider, de fabricación nacional, y la fundición de cañones para la Marina, y deteniéndose en la enfermería y en el salón-biblioteca, en donde se sirvió un *lunch*.

Terminada la visita, marchó el Rey en automóvil a Oviedo y a Gijón y llegado a este último punto embarcó en el *Giralda*. Celebróse allí el banquete con que Su Majestad obsequió a los diputados, senadores y comandantes de la escuadra, y luego el soberano asistió a la



Oviedo.—Entrada de S. M. el Rey en la ciudad



Trubia.—S. M. visitando los departamentos de la fábrica de cañones

En la mañana del 19, S. M. tomó parte en las regatas patroneando el *Tonino* y ganando el primer premio de la serie de balandros de 10 y 15 metros. Terminadas las regatas, trasladóse el Rey al *Giralda*

dirigiéndose a la catedral, en donde se cantó un solemne Tedeum. Desde la catedral encaminóse al palacio de la Diputación; allí se celebró una recepción brillantísima y se obsequió a S. M. con un *lunch*.

A la mañana siguiente, S. M. presidió el reparto de premios del Club de Regatas y después salió de Gijón para San Juan de Nieva, Avilés y San Sebastián.—S.

PATE EPILATOIRE DUSSER

destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparación. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empleese el PILIVORE. DUSSER, 1, rue J.-J.-Rousseau, Paris.

EL NUEVO TRANSATLÁNTICO «INFANTA ISABEL» DE LA FLOTA PINILLOS, IZQUIERDO Y C.^a DE CÁDIZ

El «Infanta Isabel» en los astilleros de C. Rússel y C.^a, de Port-Glascow, poco antes de ser botado al agua. (De fotografía.)

El día 29 de junio último fué botado al agua con toda felicidad en los astilleros de C. Rússel y C.^a, de Port Glascow (Inglaterra), el hermoso transatlántico español *Infanta Isabel*, construido expresamente por la sociedad naviera Pinillos, Izquierdo y C.^a de Cádiz, para dedicarlo al servicio de la línea del Mediterráneo al Plata.

Este buque, cuya construcción se ha realizado bajo la inspección del Lloyd inglés y con sujeción a las reglas del «Board of Trade» y a las condiciones que exigen las leyes de emigración de España y de otros países, ha obtenido la más alta categoría en su clasificación.

El *Infanta Isabel* desplaza 15 000 toneladas y tiene 477 pies ingleses de eslora, 58 de manga y 39 de puntal hasta la cubierta de abrigo. Su casco es de acero Siemens Martín y lleva doble fondo celular para lastre de agua y nueve compartimientos estancos construídos en alto hasta la cubierta principal y reforzados conforme a lo que exige el reciente reglamento de clasificación. Los departamentos de máquinas y calderas se hallan provistos de compuertas a prueba de agua y que pueden ser cerradas, en un momento dado, por el oficial de guardia para el completo aislamiento de aquéllos.

Es de proa recta y su popa, de forma elíptica de líneas muy esbeltas; está aparejado de goleta de dos palos y tiene quilla plana y dos quillas de pantoque a babor y estribor para moderar los balances.

Será movido por dos máquinas de cuádruple expansión aplicadas a dos hélices de bronce y equilibradas según el sistema de Yarrow, Schlick y Tweedy para evitar las vibraciones. Lleva tres calderas dobles multitubulares y dos sencillas, de tiro natural, para trabajar en funcionamiento ordinario a una presión de 215 libras por pulgada cuadrada, desarrollando una marcha superior a 18 millas en prueba.

Se halla provisto de potentes bombas de alimentación y de achique, evaporadores, condensadores para producir agua potable en grandes cantidades y demás máquinas y aparatos auxiliares. Posee cámara frigorífica de una capacidad de 4 000 pies cúbicos y maquinaria especial para la producción del hielo; material generador para el alumbrado eléctrico, refrigeración y ventilación; una instalación completa de señales submarinas y otra de telegrafía Marconi, de un alcance de 1.500 a 2 000 kilómetros.

El material de salvamento es abundante, teniendo instalados 4 grandes botes salvavidas y contando, además, con chalecos salvavidas en número suficiente en todos los departamentos.

Para el servicio sanitario posee un desinfectador a vapor, tipo Geneste-Herscher, cuatro grandes cuartos hospitalares, sala de operaciones con todo el material quirúrgico necesario y cuarto botiquín.

Las bodegas destinadas a mercancías tienen una capacidad de 4 000 metros cúbicos y las carboneras pueden contener 2 500 toneladas de carbón.

La cubierta principal, corrida, está destinada a camarotes de segunda y de segunda económica, a comedores de esta última y de tercera y a alojamiento de maquinistas, camareros y demás servicios. Sobre ésta hay otras tres cubiertas.

La primera contiene los camarotes de primera clase, el salón comedor, el comedor de segunda clase, fumadero y bar. En la cubierta llamada de paseo están los camarotes de lujo, los de preferencia, bar, fumadero, salón de lectura, *hall* y sala de música. En la cubierta situada encima de la anterior hay la cámara del capitán, las de los oficiales, el departamento de telegrafía Marconi y las embarcaciones de servicio y salvamento. Otra pequeña cubierta superior a ésta contiene el cuarto de derrota y el de planos y timonel, en donde va el oficial de guardia; encima de ella hay un pequeño puente de vigilancia.

Los departamentos de lujo son verdaderamente suntuosos, no faltando en ellos nada de lo que pueda desear el viajero más exigente. Los camarotes de preferencia y de primera, espaciosos, con luz natural y ventilación directa, contienen todas las comodidades apetecibles. Los de segunda nada dejan tampoco que desear en cuanto a *comfort* e higiene. Las cámaras de tercera reúnen inmejorables condiciones de higiene, ventilación y amplitud.

En todos los departamentos abundan los baños, lavabos y wáter closets.

En el *Infanta Isabel* pueden alojarse 144 pasajeros de lujo, de preferencia y de primera, 240 de segunda y segunda económica y 1.500 de tercera. Su dotación se compone de 160 tripulantes.

El viaje de inauguración está señalado para el 10 de septiembre próximo, partiendo el buque de Barcelona para Montevideo y Buenos Aires.

PÍDASE

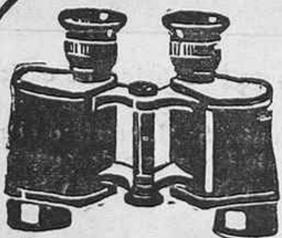
PROSPECTO J. A.

ZEITZ

GEMELOS PRISMÁTICOS
PARA
EJÉRCITO Y MARINA
VIAJE Y SPORT
TEATRO Y CAZA

SE VENDEN EN TODOS LOS ESTABLECIMIENTOS
DE ÓPTICA DE IMPORTANCIA O DIRECTAMENTE
POR

E. Leitz, Wetzlar (Alemania)



CESAR Y MINKA

Criadero y comercio de perros de casta ZAHNA (Prusia) recomienda

Los más notables perros de casta

perros de guarda, de lujo y de compañía así como todos los perros de caza, desde el grande Dogo de Ulm y el Perro de monte hasta el más pequeño perrito faldero. Lista de precios ilustrada gratis. Envío a todas las partes del mundo y en todas las estaciones del año.—Gran exposición permanente en la estación ferroviaria de Zahna.

